

POLITICA Y ESPIRITU

2
1
5

EN ESTE NUMERO:



MARITAIN ESCRIBE SOBRE LA HUMANIZA-
CION DE LO ECONOMICO.



EL PADRE WEIGEL Y LATINOAMERICA.



FUNDAMENTOS DEMOCRATA-CRISTIANOS
PARA UNA POLITICA DE SALUD PUBLICA.

1.º DE ENERO DE 1959

**POLITICA
Y
ESPIRITU**

DIRECTOR

Jaime Castillo

REDACTORES:

Jorge Cash, Ana Helfant, Hernán Poblete, Alejandro Magnel, Héctor Valenzuela.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Ahumada 57, fono 63121, casilla 3126,
Santiago de Chile.

Valor de la subscripción a 24 números

(un año) \$ 2.200. Extranjero: US\$ 4.

Las subscripciones deben aplicarse a

Editorial Del Pacífico, S. A. Casilla

3126, Santiago de Chile.

I N D I C E

PUNTOS DE VISTA	1
POLITICA NACIONAL.—Los hechos. Política Económica del Gobierno del Sr. Alessandri. Tres frentes en la elección senatorial	3
POLITICA INTERNACIONAL.—Mao renuncia. La industrialización forzada. Rómulo Presidencia? Por qué perdió Caldera?	7
HACIA LA HUMANIZACION DE LO ECONOMICO, por Jacques Maritain	12
UN TEOLOGO MIRA HACIA AMERICA LATINA, por Gustavo Weigel, S. J.	16
IDEAS PARA UNA POLITICA DEMOCRATA CRISTIANA SOBRE LA SALUD, por el Dr. Julio Santa María S.C.	22
LOS LIBROS	27
DOCUMENTOS.—Discursos del Diputado Renán Fuentealba, sobre prórroga del mandato municipal	30

CORRESPONDENCIA de los lectores:

● "Acusamos recibo de su envío. Nos complace comunicarle que durante todo este tiempo he regalado algunas revistas "POLITICA Y ESPIRITU" a varias de mis amistades zulianas, con miras a que el próximo año se pueda ampliar el radio de penetración de la revista.

Tenemos el gusto de participarle que acabo de recibir desde el Nº 197 hasta el Nº 208, o sea la del 15 de septiembre del año en curso: por lo tanto estamos aquí en la actualidad en período de propaganda de esta gran revista y por este motivo le agradecemos se sirva permanecer en contacto con este servidor y amigo. Espero que a vuelta de correo tendré respuesta favorable. Reciban mi reconocimiento por sus atenciones. Un afectuoso saludo de un amigo venezolano" *M. C. y C. Cabimas, Zulia, Venezuela.*

● "Me ha ido más o menos bien en la colocación de revistas, pues hasta el momento he colocado cuatro subscripciones... En Puchuncaví se me ha hecho más difícil colocar otras subscripciones, pero no pierdo las esperanzas, pues los demócratacristianos debemos siempre mantener en alto la doctrina y las esperanzas" *G. H. F. Puchuncaví.*

PUNTOS DE VISTA

● EL TERMINO DE CADA AÑO TRAE RENOVADAS ILUSIONES. EL que acaba de terminar no ha sido quizás peor ni mejor que cualquier otro. En su curso, breve y largo a la vez, hemos visto hechos trascendentales. La batalla de la Humanidad por la paz y la libertad no tuvo descanso. Imposible saber hasta dónde hemos dado un paso adelante. Pero, cabe pensar que se hayan preparado condiciones para algunos progresos futuros. Entre ellos, la caída de varias de las más férreas dictaduras latinoamericanas fue una de las cosas más promisorias. Sin embargo, la esencia antihumana del mundo totalitario ha tenido oportunidad de consolidarse. No hay duda de que el hombre prosigue una lucha llena de asperezas y con resultados inciertos. Dentro del criterio que inspira esta revista, sólo una profunda y verdadera concepción cristiana de las cosas podrá encauzar a la humanidad tras mejores rutas. Pero ciertamente no podemos tener certeza alguna de que tal pensamiento sea comprendido allí precisamente donde debiera haber más angustia a su respecto. Es muy probable que, ante las miserias materiales y morales de un mundo no cristiano, se sigan levantando falsos pensamientos, a fin de no enfrentarse con virilidad a lo más central de todo. Es aquí donde la democracia cristiana no puede cejar. El cristianismo, en nuestro siglo, no puede sino tener un hondo sentido de lo social. No hay virtudes humanas sino en cuanto son virtudes explícitamente sociales. Es la tarea del tiempo. Los demócratas cristianos enfrentarán una vez y otra tanto al enemigo totalitario como al poder económico convertido en injusticia sistemática, como al moralismo seudo espiritualista. Ellos seguirán trabajando. Unos tratarán de monopolizar el sentido progresista de la justicia humana; otros levantarán su edificio de injusticias sobre los valores tradicionales de la espiritualidad. Unos y otros mienten. No hay más remedio que oponer una resistencia total a esa mentira.

● LA MUERTE DE MANUEL GARRETON AFECTA PROFUNDAMENTE A LA DEMOCRACIA CRISTIANA. Si nos remontamos a los primeros años del nacimiento de la Falange Nacional, encontramos que Manuel

Garretón fue uno de los que dio al movimiento el tono vital, el idealismo caluroso y el estilo que iban a desarrollarse con el tiempo y perfilar a la Democracia Cristiana como un hecho político diferente a lo anterior.

Cualquiera que haya sido el motivo de la separación de Garretón de las filas de la Democracia Cristiana, su figura está incorporada a la historia del movimiento. No se podrá ya mirar a éste sin recordar el papel brillante y generoso que jugó Garretón. Se puede decir que, tanto el estilo del partido como la manera misma de ser de sus militantes están ligados de modo indisoluble al grupo de jóvenes que entre los años 36 y 39 fueron capaces de expresar el nacimiento de la democracia cristiana como fuerza consciente de sí misma.

Será necesario recordarlo con frecuencia a lo largo de los acontecimientos futuros.

● HEMOS PRESENCIADO EN ESTOS DIAS UNA MANIOBRA POLITICA DEL MAS PURO CORTE MAQUIAVELICO. Dos partidos proclamaron a un hombre como candidato a senador. Lo hicieron a sabiendas y en circunstancias determinadas. A las pocas horas, los mismos dos partidos —cuyos dirigentes no tuvieron personalidad para actuar de otro modo— se han puesto de acuerdo para desahuciar esa misma candidatura (o al menos desecharla explícitamente), inclinándose por otro candidato, proclamado por un partido que carece de relaciones oficiales con ellos.

El caso ha llamado la atención por su ausencia de elegancia y de moral. Creemos que no se había visto muchas veces una medida semejante. La palabra empeñada con el candidato nada significó. En cuanto se advirtió que era mejor posibilidad "política" seguir tras otro hombre, se dejó en el camino al primer favorecido. Este, en supremo signo de agria queja, ha dicho que mantendrá su candidatura. Hecho que demuestra su falta de consentimiento en la maniobra. O sea, es un acto en que el fin ha justificado los medios: ganar a un partido a la propia posición ha sido más importante que mantener una mínima lealtad con un hombre.

Aquí, y en cualquier parte, esto prueba la inmoralidad básica de una actitud.

LOS HECHOS

El Presidente de la República lee, por tres audiciones radiales sucesivas, su anunciada exposición económica.

El senador Carlos Vial pronuncia un importante discurso en el Senado sobre la misma materia.

El señor Alessandri conversa detenidamente con la Central Unica de Trabajadores sobre los problemas del reajuste a los empleados y obreros. No hay acuerdo.

Quedan proclamados candidatos a senadores para la elección complementaria por Santiago los señores Mariano Puga Vega, independiente, por los partidos de Derecha; Humberto Mewes, independiente, por los partidos del FRAP; y Roberto Wachholtz, independiente, por el Partido Radical.

El Bloque de Acción Parlamentaria no llega a acuerdo sobre candidato común. Los partidos Nacional Popular y Demócrata Cristiano ordenan libertad de voto a sus militantes.

A última hora, los partidos Liberal y Conservador Unido, en una maniobra inesperada, desautorizan la candidatura Puga y se reservan el derecho para cambiar su decisión. Obviamente esto tiene referencia con la intención de favorecer al Partido Radical.

POLITICA ECONOMICA DEL GOBIERNO DEL SEÑOR ALESSANDRI

En tres mensajes radiales consecutivos el Presidente de la República hizo la semana pasada su tan esperada exposición al país sobre la política económica de su gobierno. En ella, después de una breve síntesis de la situación económica general de Chile en que señaló el problema de la aguda desocupación que afecta al país, el del decaimiento en los últimos dos años de la producción industrial y de las actividades de la construcción, el del estagnamiento mucho más persistente de la actividad agrícola, y el de la crisis del comercio exterior, pasó a analizar cuáles serán las principales líneas de acción de la política económica de su gobierno. En síntesis hizo un bosquejo general de las medidas que se adoptarían para mejorar las condiciones de financiamiento del sector público y superar el estado de cuasi-falencia fiscal actual, para equilibrar los desajustes entre lo que Chile quiere comprar en el exterior y lo que efectivamente puede comprar, para aminorar el impacto inflacionario, para obtener el incremento de la producción y finalmente para mejorar las condiciones de vida de los grupos menos favorecidos.

Hay que reconocer honestamente que la exposición económica del Presidente produjo algunas sorpresas. En primer lugar había momentos en que el auditor no tenía la sensación de escuchar al señor Alessandri, o por lo menos al de la reciente campaña presidencial, al oírlo repetir insistentemente que "la recuperación de nuestra economía exige adoptar un conjunto de medidas coordinadas entre sí, que constituyan un todo armónico, con una visión de conjunto, con un orden de prelación para los diferentes problemas, etc". Para quien siempre consideró y declaró que los planes son meras utopías buenas para teóricos, y que a los pocos días de ser elegido dijo en una entrevista que le fue hecha por un re-

portero de la revista "Ercilla" (no desmentida), que resolvería las cosas según como se le fueran presentando, sin someterse a los pequeños problemas despóticos que eran los planes; este reconocimiento explícito que hace ahora del concepto básico en que se sustenta todo plan, representa un avance prodigioso que se ha producido en muy poco tiempo.

Pero la sorpresa del auditor aumentó en grado máximo al oír al señor Alessandri agregar: "El programa económico del actual gobierno quiere llegar a las raíces del mal, ... atacar las causas y no los efectos, ... no puede aceptar que como ha ocurrido en los últimos años se siga pretendiendo combatir el proceso inflacionista a base de provocar una desocupación cada vez mayor".

Y pensar que fue la misma derecha política-económica y sus órganos de "prensa seria" la que sustentó primero la acción de contención de la inflación inspirada en las recomendaciones de la Misión Klein-Sacks, política que según se ve obligado a declarar ahora el señor Alessandri sólo sirvió para paralizar la producción y crear aguda desocupación, y la que posteriormente levantó la plataforma presidencial del señor Alessandri para continuar dicha acción "rectificadora" que por no tener en aquel entonces el control político del gobierno no pudo realizar a su entero gusto.

Hubo también momentos de la exposición presidencial en que el pobre auditor no debe haber sabido más donde se encontraba cuando a propósito de la reorganización de las finanzas fiscales el Presidente habló de "las reformas estructurales" que son necesarias para ello. Cuando se piensa que hace sólo poco más de un mes declaraba enfáticamente que el problema principal de Chile consistía en administrar mejor lo existente, y ahora en tan corto plazo habla de la necesidad de reformas estructurales, es como para no creerlo.

En fin, va por buen camino. Lástima que por ahora no ha llegado sino hasta allí, pues en toda su exposición es difícil encontrar planteado claramente el problema de las reformas estructurales que son cada vez más necesarias. Y esto se ve por ejemplo con relación al problema inflacionario.

Todos los estudiosos que han examinado en profundidad la inflación chilena han llegado finalmente a la conclusión de que en este

proceso, como por lo demás en cualquier otro similar, existen ciertas causas de fondo que lo originan y permiten que subsista desde hace un buen número de años, y mecanismos de propagación del mismo. Estos últimos no constituyen propiamente la causa fundamental de la inflación, sino el medio por el cual los desajustes básicos de la economía se manifiestan en inflación. Estos mecanismos de propagación son principalmente el déficit fiscal, los reajustes de sueldos y salarios, las alzas de precios, etc., medios todos por los cuales los diferentes grupos sociales organizados tratan de obtener y recuperar permanentemente una mejor situación económica en el transcurso del proceso inflacionario, contribuyendo por lo mismo a su mantención.

En el caso concreto de Chile, investigadores de muy diferentes ideologías doctrinarias coinciden en que las presiones inflacionarias básicas están constituidas por el lento crecimiento de la producción agrícola, la inestabilidad de las exportaciones y su reducido incremento en relación a las crecientes necesidades de importación propias de Chile como de todo país en desarrollo, el escaso aumento del capital social del país (vías y medios de comunicación, puertos, obras de regadío, energía, etc.), la estructura monopólica del sector industrial y la inflexibilidad y regresividad del sistema tributario.

Como es fácil de deducir, la solución del problema inflacionario chileno está estrechamente ligada a la solución del de su balanza de pagos y al de su desarrollo económico general, y mientras no exista una política muy activa y dinámica en este sentido, nada se conseguirá con parchar momentáneamente el presupuesto fiscal, o el de divisas; ni siquiera con uniformar los sistemas de previsión o compensar adecuadamente a los asalariados por las alzas en el costo de la vida que les signifiquen las variaciones del tipo de cambio.

No es que estos problemas no tengan importancia; sería absurdo pretenderlo, puesto que son los problemas inmediatos que debe abordar y resolver cualquier gobierno en su calidad de tal, pero lo que se quiere decir es que estos problemas no podrán resolverse favorable ni permanentemente si no es en el contexto de una política de mucho más visión y amplitud, de desarrollo económico general.

Y aquí está la gran falla del programa esbozado por el Presidente de la República. Lo fundamental no se encuentra sino que aisladamente en uno que otro punto, como cuando habla de la necesidad de reestructurar el sistema tributario o en una acción de control de los monopolios a través de una mayor competencia con el exterior. Para el resto, el Presidente y su equipo parecen creer que basta devaluar más allá de lo necesario y confiar en las virtudes mágicas de la empresa y del capital privado nacional e internacional, para que por una serie de reacciones en cadena más o menos automática se obtenga todo lo que el país necesita.

No es del caso entrar a analizar aquí las limitaciones del capital privado en un proceso de desarrollo, en el que puede jugar un pa-

pel muy importante, pero no el fundamental. Sólo se quiere decir que la carencia en el plan de acción del gobierno de una audaz y dinámica política agrícola, la reducción a segundo plano de la política de inversiones del Estado, única capaz de suplir las inmensas necesidades de capital social del país e impulsar una serie de actividades de envergadura para las cuales el capital privado nacional no tiene ni el dinamismo ni los recursos necesarios y que por razones de seguridad política no pueden ser entregadas al gran capital extranjero; la no contemplación de un esfuerzo organizado para diversificar y promover el incremento de las exportaciones, son deficiencias fundamentales de la política enunciada que frustrarán probablemente muchas buenas intenciones.

TRES FRENTE EN LA ELECCION SENATORIAL

La elección senatorial complementaria por Santiago no va a enfrentar a las mismas fuerzas que dieron la lucha por la Presidencia de la República. Se conocen ya las vicisitudes sufridas por cada una de ellas. Por de pronto, la formación del bloque parlamentario entre los partidos freístas y bossayistas creó un hecho favorable a los intercambios con vistas a un candidato común. Esas tentativas, sin embargo, no prosperaron. Los demócratacristianos cedieron a su aliado el Partido Nacional, la posibilidad de hacer candidato a uno de los suyos. Pero los radicales interesados en lograr un acuerdo que permitiera a la Derecha apoyar a uno de los suyos, no dieron jamás la oportunidad para esa solución. Entre tanto, las cosas se precipitaron. Los liberales proclamaron al señor Mariano Puga Vega y, con ello, arrastraron a los conservadores. En un principio, se trataba sólo de una maniobra para llegar a una solución política con los radicales. Mas, el señor Puga tomó la cosa en serio y no se dejó vencer. Al mismo tiempo, es evidente que una alianza radical-derechista no iba a convencer a numerosos electores de Derecha ni tampoco a muchos miembros del Partido Radical. Esa proclamación fue contestada por el FRAP con la designación de don Humberto Mewes, ex Contralor de la República y pre candidato en la Convención Presidencial del

FRAP. Con estos dos hombres en la palestra, la situación se endureció. El bloque de acción parlamentaria no encontró candidato común. Los radicales dejaron sin cumplir un acuerdo de última hora, en virtud del cual los partidos aliados se comprometían a designar un personero entre tres nombres: Bernardo Leighton, Hernán Santa Cruz y Jaime Sanfuentes. Al reunirse para ello, los dirigentes radicales anunciaron que sólo aceptaban un independiente y dieron el nombre de don Roberto Wachholtz. No hubo acuerdo, y los partidos Nacional y Demócrata Cristiano resolvieron dejar libertad de voto a sus militantes.

Por ahora, la situación es confusa. El candidato derechista no es hombre de Derecha y, aún, se le acusa, en los círculos que lo apoyan, de haber sido partidario de Allende, en la campaña pasada. El señor Mewes, por su parte, puede juntar gran número de votos y obtener el triunfo ante la división de fuerzas de los otros dos. Pero el señor Mewes es una transacción entre los Partidos Socialista y Comunista; difícilmente arrastrará un número decisivo de partidarios. Por fin, el señor Wachholtz representa oficialmente al Partido Radical, pero es un financista independiente y de tendencias favorables a la Izquierda, dentro de intereses definitivamente derechistas. Cada candidato es, en suma, un enigma absoluto. Una vez triunfante, nadie puede saber lo que hará o dirá. Se puede de-

cir que la presente es una elección hipócrita: cada uno tiende una trampa a los demás y cae un poco conscientemente dentro de ella misma. La Derecha trata de ganar con un candidato medio izquierdista: la Izquierda revolucionaria presenta a un jurista moderado; el radicalismo escoge a un independiente alessandrista. Nadie, pues, entiende nada.

Por nuestra parte, creemos que el Partido Demócrata Cristiano hizo bien en mantener las tesis aprobadas en la Junta Nacional sin hacer concesiones ni aceptar imposición alguna. Participar con candidato en esta campaña no es lo que más interesa. Era indispensable, sí, en caso de tener uno, elegir a alguien que representara la posición del Partido. Esto no se obtuvo por dos motivos: primero, porque se trasladó el asunto al seno del bloque parlamentario, cosa que necesariamente debía ofrecer dificultades, ya que allí el radicalismo no podía ser un mero satélite. Debía tener el mismo derecho que los demás, en circunstancias de que la Democracia Cris-

tiana no podía apoyar a un militante radical. Segundo, porque no hubo, por desgracia, un candidato demócratacristiano que quisiera lanzar su nombre antes de organizar la coalición partidista. Se observa el hecho curioso de que todos los candidatos son independientes. O sea, no se necesitaba formar plataformas anticipadas. Un candidato demócrata cristiano, lanzado antes de los actuales, habría impedido la posibilidad de que ellos se presentaran o de que, al menos, crecieran. Probablemente cualquier Directiva habría obrado como lo hizo la actual, y no hay que lamentar mucho la inexistencia de un candidato propio. En todo caso, nos parece indudable que los demócratas cristianos no están interesados en que esta elección sea un triunfo para los bandos en lucha. Queremos decir que el país no va a ganar mucho con un hipotético éxito de cualquiera de ellos. La votación será baja. La opinión pública no mira en este acto nada que verdaderamente le interese. Habrá un senador más. Y ninguna otra cosa sustancial.

IBAÑEZ, CAUDILLO ENIGMATICO

Agotada la primera edición de esta sensacional biografía del ex Presidente. Por su objetividad, documentación y amenidad, ha obtenido la más favorable acogida.

Pronto a la venta la 2ª edición \$ 2.200

MAO RENUNCIA

Después de haberse rumoreado durante unos días, la noticia terminó por ser confirmada oficialmente: el Presidente de la República china, Mao Tse Tung, cuyo periodo termina en enero próximo, no se presentará a la reelección. Seguirá, sin embargo, como jefe del Partido Comunista chino. El comunicado oficial del Comité Central de se partido, emitido en Pekín, cuyo texto se publicó en Varsovia, dice a la letra:

“Durante los últimos diez años, el Presidente Mao Tse Tung ha expresado más de una vez su deseo de renunciar a la Presidencia de la República.

“Luego de haber examinado este asunto durante mucho tiempo, el Comité Central, reunido en sesión plenaria, decidió aprobarla.

“Mao Tse Tung seguirá como jefe del Partido y podrá dedicar todos sus esfuerzos a la dirección de la política y de la línea del Partido y del Estado”.

“Podrá dedicar más tiempo al estudio teórico del marxismo-leninismo sin ser interrumpido por las tareas perturbadoras de tido y del Estado.

Esto es lo esencial del comunicado.

La renuncia de Mao Tse Tung es un hecho importante. El jefe de la revolución comunista china, con poder absoluto —dentro del marco del Partido— sobre 600 millones de hombres, el más notable teórico viviente del marxismo-leninismo, al cabo de diez años, se aleja del gobierno. ¿Cuál es la causa?

Hay que confesar que, al menos por el momento, nadie la sabe con certeza fuera del Comité Central del Partido Comunista chino y del organismo paralelo en Moscú.

¿Es la causa la invocada por la declaración del Comité Central de Pekín, esto es que Mao se dedicará al “estudio teórico del marxismo-leninismo sin ser interrumpido por las tareas perturbadoras de Jefe del Estado?

¿O es, como se dice en los círculos occidentales que se ha producido una crisis en el seno del comunismo chino como consecuencia de la política desarrollada en el último tiempo bajo la inspiración de Mao y que ha conducido a la aplicación casi integral del comunismo en la vida económica y social de China?

Sobre este punto, como sobre la propia vida de Mao Tse Tung, no se sabe ordinariamente mucho. Sería conveniente, quizá, recordar algunos hechos básicos.

Por lo que se refiere a Mao, nació en la provincia de Hunan, en la familia de un campesino relativamente acomodado, a quien Mao comenzó a odiar tempranamente. A los 24 años, el joven Mao se convirtió en el ayudante del bibliotecario de la Universidad de Pekín, que le enseñó el marxismo. En 1921, Mao era uno de los doce hombres encargados de organizar el naciente Partido Comunista en Shanghai. Tres años más tarde, de acuerdo con las órdenes de Stalin, el P. C. chino se alió con el Kuomintang, que dirigía Chang Kai Shek, quien, en 1927, rompió con los comunistas y arrasó con ellos. Los que hayan leído “La condición humana” de André Malraux, quien estuvo por aquel entonces en China como agente comunista y es ahora uno de los consejeros de De Gaulle, recordarán algunos aspectos de esa lucha dramática.

Mao atravesó su propia crisis. De acuerdo con las reglas del realismo marxista, advirtió que el Partido no podría hacer nunca una revolución en China si se basaba, ante todo, en el proletariado industrial. En cambio, había una enorme masa de campesinos sin tierra, que querían tener tierras y librarse de los agricultores ricos y usureros que los explotaban. Mao quiso entonces organizar una sublevación campesina y el Partido lo expul-

só de su Politburó. Pero el empécinado Mao siguió adelante y en cuatro años, en la provincia de Kiangsi, organizó el Partido Comunista más fuerte de China sobre la base de los campesinos.

En su reducto de Kiangsi, Mao Tse Tung tuvo que resistir cinco embestidas de Chang Kai Shek, que quería terminar con él. Finalmente, Mao decidió emigrar y comenzó una de las más fantásticas marchas de la historia, a través de 11.000 kilómetros, hasta llegar a la desolada provincia de Yenan, en el norte de China. Del ejército de 90.000 hombres con que se comenzó la "marcha de Yenan", llegaron sólo unos 20.000. Esto fue el año 1934. Poco tiempo después se produjo la invasión japonesa y, más de su grado, Chang debió aceptar la alianza de los comunistas contra el enemigo común. En 1945, cuando los japoneses fueron derrotados por

la bomba atómica en su propio territorio, Chang Kai Shek resultó un vencedor puramente nominal. Su poder en China estaba minado por los comunistas y a fines de 1949, el jefe de los nacionalistas estaba confinado en Formosa y Mao era dueño absoluto de China.

De acuerdo con la doctrina marxista, a la vez política y de desarrollo económico, el esfuerzo del nuevo gobierno se aplicó, ante todo, a la industrialización a marcha forzada. Ya la revolución se había hecho dando la tierra a los campesinos y liquidando a los grandes terratenientes. Durante los primeros años se dejó la tierra, con cierta libertad económica a los campesinos y, sin perjuicio de aumentar la producción de alimentos para una población que ha estado creciendo a doce millones de habitantes cada año, entonces, y hasta quince millones ahora, se ha hecho hincapié en la producción industrial.

LA INDUSTRIALIZACION FORZADA

En 1943, China producía 1.200.000 toneladas de hierro. En 1952 esa cantidad había aumentado apenas en 150.000 toneladas, pero el año pasado, ya había cuadruplicado, y este año debería aumentar en un millón de toneladas más. Entre 1943 y 1953, la producción de carbón ha debido subir de 56 millones de toneladas hasta 150 millones que era la meta fijada para este año; la de cemento ha debido aumentar igualmente, de 2.300.000 toneladas a 7.700.000, meta de este año, y la de electricidad, de 6 millones de Kw. a 22 millones.

En cifras absolutas, estos resultados pueden paracer impresionantes, pero es necesario comparar para apreciarlos en su valor relativo. Todos esos productos o elementos básicos de la industria pesada son para un país de 600 millones de hombres y revelan que el punto de partida y también los resultados obtenidos hasta el momento son muy bajos. El país más industrializado de Asia, que es el Japón, produjo hace dos años para 90 millones de habitantes, dos veces el acero, dos veces el cemento y tres veces la electricidad que produjo China para 600 millones. Y no hay necesidad de decir que los niveles de

producción industrial de Japón son muy inferiores a los de las naciones de Europa Occidental y más aún a los de Estados Unidos. Aun a riesgo de cansar con las cifras, una más que muestra el largo camino que todavía tiene que recorrer China para convertirse en esa gran potencia industrial que el régimen comunista le señala como meta. Con 600 millones de habitantes, China produce hoy —como se decía— 22 millones de Kw. Con 170 millones de habitantes, Estados Unidos dispuso, hace dos años, de 684 millones de Kw.

Con todo, hay que tomar en cuenta que el esfuerzo chino se está haciendo sin reparar en costo humano, en costos políticos y tampoco en costos puramente económicos. Bajo el régimen de industrialización forzada, el desarrollo chino se hace a un ritmo mucho mayor que aquél en que se llevó a cabo la industrialización occidental. Estados Unidos, por ejemplo, empleó doce años en pasar de 1.350.000 toneladas de acero al año a 5.200.000, e Inglaterra necesitó 23 años; ambos países en el siglo pasado. China, en cambio, dio el salto ahora, en sólo cinco años. Sin embargo, se necesitará aun mucho tiempo y esfuerzos

terriblemente duros para llevar a China al rango de potencia industrial y dar a sus habitantes el standard de vida correspondiente.

Por necesidades políticas y económicas a la vez, el régimen de Mao Tse Tung tenía que forzar también el desarrollo de la agricultura. Según las últimas estadísticas, cada año hay ahora en China casi 15 millones de nuevas bocas que alimentar. Esto significa más de un millón de nuevos consumidores al mes, o sea, en seis meses, una cantidad de gente igual a la población total de Chile. A pesar de todos los esfuerzos del Primer Plan Quinquenal, que terminó en 1957, la extensión de tierras cultivadas en el inmenso país, sólo aumentó, en todo el lapso de cinco años en un 1% al año, o sea, menos que la población. Las mismas publicaciones chinas admitieron que entre 1953 y 1956 la superficie de tierra cultivada por cabeza disminuyó de 0,462 de acre a 0,445. Y este año, la proporción de tierra cultivada por persona había bajado a 0,429 de acre.

Este es un hecho terriblemente amenazante para un país y para un régimen de las circunstancias de China y haya sido, quizás, la causa de la progresiva totalitarización de

la vida china. Y a fines del año pasado, el 97% de las explotaciones campesinas y el 99% de la producción industrial había sido colectivizado. La colectivización se ha prosseguido este año a un ritmo acelerado y extendida a todos los aspectos de la vida social, incluyendo la familia, la educación de los niños y hasta se ha llegado a una especie de regimentación de la vida conyugal. China va en camino de convertirse en un inmenso hormiguero. Pero los resultados no han sido los que se esperaban. Por eso se ha creído que el retiro de Mao Tse Tung podría ser el preludio de una rectificación en la política de totalitarización integral. Pero eso no parece posible, ni verosímil que, a corto plazo al menos, el régimen chino abandone sus objetivos. En cierto sentido, es ya un prisionero de la máquina que ellos mismos han montado los gobernantes de Pekín deberán seguir adelante. Es a menudo citada aquella sentencia oriental según la cual es más bien fácil montar un tigre. Lo difícil es desmontar. Los hombres de Pekín están montados en un inmenso tigre y no podría apostarse a que el retiro de Mao Tse Tung sea el comienzo de un movimiento para cabalgar en otro estilo.

ROMULO PRESIDENTE

El domingo 21 de diciembre, los 80.000 "grandes electores" franceses, en proporción apenas un poco inferior a la que se esperaba, eligieron a Charles De Gaulle primer Presidente de la Quinta República. Esa designación se daba prácticamente por hecha y puede suponerse que durante los próximos siete años, el general será el jefe del robustecido Poder Ejecutivo francés. Sin embargo, el clima es tan nuevo y se basa en elementos inciertos o explosivos en proporción tan elevada que no sería fácil hallar muchos observadores políticos en situación de pronosticar con toda la seguridad del caso que los próximos siete años hayan de ver a De Gaulle en el flamante sillón de jefe de la Quinta República, ni que ésta haya de durar efectivamente siete años.

Esto es relativamente grave tratándose, como se trata, de un país de larga tradición y estabilidad democráticas. Y si ello puede de-

cirse de Francia ¿qué no habría de decirse de Venezuela?

En el primer exportador de petróleo del mundo, el Consejo Supremo Electoral proclamó, el sábado último, Presidente de la República a Rómulo Betancourt, de acuerdo con el resultado final y oficial de los escrutinios. Estos fueron los siguientes: Betancourt, 1.284.000 votos; Larrazábal, 903.000 votos; y Caldera, 423.000 votos. El total de sufragios válidamente emitidos fue, pues, de 2.610.000 y, por tanto, Betancourt no alcanzó a obtener la mitad más uno, pero la Constitución venezolana establece que será presidente el que obtenga la más alta mayoría relativa.

Al mismo tiempo que Presidente, el pueblo venezolano eligió al nuevo Congreso, el cual deberá reunirse en enero próximo para fijar la fecha en que se deberá operar la transmisión del mando, que actualmente detenta una Junta de cinco miembros, presididos por

un civil, el profesor de Derecho Romano en la Escuela de Leyes de la Universidad Central de Caracas, Edgard Sanabria. Entre tanto se opera la transmisión del mando, de acuerdo con la declaración emitida el 20 de diciembre por el Consejo Supremo Electoral, Rómulo Betancourt es, jurídicamente, Presidente Constitucional de Venezuela y no mero Presidente electo.

Como se recordará, en cuanto se supieron los primeros resultados de las elecciones, que daban el triunfo a Betancourt, hubo desórdenes en Caracas y el gobierno debió tomar medidas policiales serias. Esos desórdenes se explican por el hecho de que, en la capital venezolana, el triunfo de Larrazábal fue sencillamente abrumador, en proporción de 5 a

1 con respecto a Betancourt. La parte más pobre del electorado caraqueño, los obreros que viven en los cerros, en poblaciones equivalentes a nuestras "callampas", votó en su gran mayoría por Larrazábal y los bien disciplinados comunistas votaron y se agitaron en contra de Rómulo Betancourt, representante de Acción Democrática, odiada por el Partido Comunista.

¿A qué se debió el resultado de las elecciones venezolanas, que jurídicamente al menos, terminaron el 20 de diciembre?

Los diarios venezolanos abundan, naturalmente, en explicaciones, cuyo color depende en buena parte del color del cristal con que se mira.

¿POR QUE PERDIO CALDERA?

Para muchos observadores, en especial periodistas norteamericanos, Larrazábal era el candidato con más opción y eso parecía evidente para quien estuviera situado en la capital, donde, como se ha dicho, el triunfo de Larrazábal fue abrumador. En general, todos los observadores atribuían más fuerzas a Rafael Caldera, líder de COPEI, que, finalmente, obtuvo menos de medio millón de votos, menos también de la sexta parte del electorado. Eso fue una sorpresa.

El diario caraqueño "La Esfera", buscando una explicación a lo ocurrido a Caldera, titula a todo lo ancho de la página: "Los cálculos se hicieron basados más en la conquista de lo ajeno que en la realidad de lo propio", y explica también que, por ciertos factores intrínsecos, la candidatura copeyana se encontraba en desventaja.

"De los tres candidatos presidenciales —dice "La Esfera"—, quien más defendió una candidatura única de unidad fue Rafael Caldera", y cuando "todo se hizo materialmente presente para testimoniar la imposibilidad de la fórmula única, Rafael Caldera fue el primer candidato lanzado a la arena política".

Luego Caldera y los suyos cumplieron con la tregua política. "A veces, pronunciaron discursos o escribieron artículos o colocaron frases que encrespaban un poco los ánimos,

pero, en general, la tregua política la hicieron cosa propia y de primera necesidad".

Las intervenciones de Caldera y los suyos, "incluso tocando delicados temas, en ningún momento trataron de dividir voluntades. En todo momento quisieron hablar claro sin necesidad de recurrir a expresiones que pudieran centrifugar la solidaridad unitaria". Los más fríos le atribuían un segundo lugar y sus partidarios estaban convencidos de que triunfaría.

La propaganda de Caldera estuvo dirigida especialmente a los sectores independientes y se basó en el esbozo de un programa económico y social basado en el slogan de que el candidato era un hombre que daba garantías de estabilidad democrática y de progreso social. "Pero —comenta el mismo diario venezolano— quienes estuvieron detrás de la propaganda erraron bastante los cálculos de la madurez cívica. Se pensó que, ante los grandes planteamiento de serenidad y equilibrio, reaccionarían favorablemente las masas"...

La elección reveló que las cosas no eran así. Si Caldera era una garantía, "los cerros —las poblaciones callampas, diríamos aquí— no veían la garantía y los que la veían no creían en ella". Vota por Caldera y podrás volver a votar en 1964" era un slogan muy hermoso, pero que podía impresionar sólo a

los electores con bastante conciencia cívica. En general, la propaganda de Caldera resultó demasiado técnica para las circunstancias políticas. Sus temas eran demasiado complejos o elevados para los conocimientos y la sensibilidad de la gente, que quería simplificaciones, aunque la situación política de Venezuela, como la de cualquier otro país, no tiene nada de sencilla.

Los de COPEI —insiste “La Esfera”— le tienen pavor a la palabra demagogia. Ese espanto ante la palabra demagogia es causa de sus incursiones casi metafísicas que no llegan al corazón del humilde y del sencillo”. El más crudo y sencillo era el propio candidato.

“En los Estados Unidos, estudiando las causas de la derrota de Stevenson, el mejor candidato, el más culto, el más valioso intelectual en la política y el más valioso político en lo intelectual, se pensó siempre en lo mismo: Stevenson hablaba demasiado bien, pero no tenía sentido de lo demagógico en sus expresiones y ni siquiera sentido de la palabra gruesa, de la expresión criolla de la campechana manera de hacer las cosas como un hombre común”. Stevenson no era un hombre común, y un candidato presidencial, dice el crítico de la elección venezolana, tiene que ser lo más común, lo menos singular.

Los diarios venezolanos señalan que la idea demócrata cristiana ha prendido de modo notable, no sólo en las Universidades, sino fundamentalmente en los liceos de provincias. Por otro lado, el prestigio de Caldera fue reemplazando al prestigio de COPEI, o sea, de la idea impersonal. Gracias al prestigio de Caldera se llenaban las plazas para los actos públicos y hasta sus enemigos políticos iban a escucharlo. Pero, no toda la gente que lo escuchaba y que simpatizaba con él, terminó dándole sus votos.

Además, le falló el “anti”. Por su respeto a la unidad, su serenidad, Caldera y COPEI no pudieron utilizar dos fuerzas fundamentales de este partido en Venezuela, que son el anticomunismo y el antibetancourismo. Tienen también el antidemagogismo y el an-

tidespotismo, pero estos “anti” no tienen o, por lo menos, no tenían en la elección, la fuerza de arrastre que se pudo dar a esos dos primeros anti: al anticomunismo y al antibetancourismo. “La posición de COPEI ante el comunismo —dice “La Esfera”— fue clara para los intelectuales y para las personas que tienen trato diario con la política. Fueron los caballeros del anticomunismo democrático”. Pero no se puede ser anticomunista en esa forma en una nación de pasiones violentas y escasa educación política como es Venezuela. “Los de COPEI —anota un periodista— no conocen y no emplean las tácticas del murmullo y del cuchicheo que sí se emplearon contra Caldera. El anticomunismo fue una bandera pálida en manos de Caldera; en cambio fue una bandera tremolante en manos de Rómulo”. El anticomunismo pálido por caballerosos fue un error en la campaña de Caldera.

Por otro lado, en aras de la unidad, los partidarios de Caldera no explotaron el sentimiento antibetancourista, que, en conjunto, es mucho más fuerte que el sentimiento favorable al candidato triunfante. Por lealtad a los compromisos y por decencia democrática, ese aspecto negativo no fue explotado.

Finalmente, COPEI y su candidato tuvieron que luchar contra la propaganda de Larrazábal, que era muy superior por sus medios, y contra la organización de Acción Democrática, que también era mucho más fuerte. Los “adecos”, como llaman a los militantes de Acción Democrática, son los mejor organizados políticamente en Venezuela, los que cuentan con una más alta cuota de dirigentes políticos profesionales, experimentados y, en muchos casos, sacrificados. COPEI careció de esos elementos y falló notablemente en la conquista de elementos populares urbanos, sobre todo en los barrios pobres.

De allí que el candidato que los observadores imparciales esperaban ver llegar segundo, quedara tercero y a mucha distancia de los otros dos. Todo esto ocurrió, como se decía, en Venezuela...

HACIA LA HUMANIZACION DE LO ECONOMICO

POR JACQUES MARITAIN

El régimen industrial, tal como lo recibiera de Europa, es actualmente imposible de reconocer en Estados Unidos. Fue reemplazado por nuevas estructuras económicas, aún inestables y en gestación, pero que convierten al capitalismo y al socialismo en cosas del pasado.

La libre empresa y la propiedad privada operan actualmente en un contexto social y en un clima general muy diferente a los del siglo XIX.

A este respecto, cabe señalar dos desarrollos principales: el auge de las organizaciones obreras ("labor"); la evolución de la industria y del manejo de las empresas (management).

AUGE DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

Hace unos cien años, aún diríamos hasta el cambio de siglo, la situación de los trabajadores no era mejor en Norteamérica que en Europa, allá por los días sombríos de la revolución industrial. Ella respondía a la descripción que hacía Marx de la vida miserable del proletariado. Muchos de los pioneros del sindicalismo —obscuros precursores olvidados, entregados al sacrificio— eran fatalmente aniquilados por sus propios compañeros de trabajo.

Los agudos conflictos en que la violencia, bajo todas sus formas era utilizada para aplastar los intentos de organización obrera, y donde la victoria no podía comprarse sino a costa de valor, abnegación y desplazada dureza, subsistían aún en el primer cuarto de siglo: en 1903, durante una larga huelga, finalmente victoriosa, de los mineros de antracita, cuando Georges F. Baer escribió su famosa carta sobre el "derecho divino" de los patrones; y fue en 1914 cuando tuvo lugar la masacre de Ludlow.

En 1935, con la adopción de la "National Labor Relations Act" que otorgaba a los obreros ciertos derechos de capital importancia, el progreso de la legislación social en Estados Unidos llegaba a una cumbre y habría de desempeñar, junto con el encarnizado esfuerzo del mundo del trabajo y de sus obstinados dirigentes, un papel esencial en este proceso de transformación.

¿Y en la actualidad? Ahora el nivel medio de vida de los trabajadores norteamericanos

es más alto que en ninguna otra parte y hace posible a la mayoría de ellos una existencia humana digna de ese nombre. El trabajo organizado se ha convertido en una potencia formidable: sus medios económicos le permiten contar con instituciones de asistencia social, hospitales, órganos de difusión ante el gran público, tratar de igual a igual con las grandes compañías industriales en la seguridad de poder obligarles a negociar. La idea central de los dirigentes obreros es obtener las mayores ventajas posible sin comprometer, sin embargo, el progreso de la producción; pues en razón de las obligaciones económicas más y más pesadas que derivan del sindicalismo, ya que sus recursos provienen de las cuotas automáticamente retenidas del salario de sus asociados, es evidente que el poderío mismo del mundo obrero necesita de la gran industria, así como la prosperidad de la gran industria necesita del mundo obrero. El mundo trabajador norteamericano sabe, por cierto, de tensiones y conflictos internos; debe someterse a complicadas limpiezas en el seno de algunos sindicatos; está expuesto a los riesgos habituales del gigantismo y de la "institucionalización". Sin embargo, hay base para pensar que su creciente poderío, su sentido de las responsabilidades y el interés que cultiva por los problemas generales de la civilización lo convertirán, a corto plazo, en una de las fuerzas más decisivas para la historia de la nación y de la humanidad.

EVOLUCION DE LA EMPRESA INDUSTRIAL

En cuanto a la evolución de la industria y de la dirección de las empresas, ella es, en cierto sentido, más asombrosa que el progreso acelerado y los éxitos del mundo obrero norteamericano, pues tiene que ver con la transformación misma de la estructura capitalista. Es éste otro fenómeno típicamente norteamericano. Lo notable es que las grandes compañías industriales (corporaciones) han experimentado durante su desarrollo y en su estructura misma, profundos cambios; de tal modo que en 1951 un periodista podía escribir, con motivo del congreso organizado por la Cia. Corning Glass: "Al iniciar mi carrera, se decía corrientemente: la corporación sin alma... Pues bien, en el transecurso

de mi vida he podido presenciar un cambio notable en este aspecto. No sé si podrá decirse que las corporaciones han adquirido alma; por lo menos, adquirieron inteligencia!" Estos vastos organismos de estructura y dirección colectivas, siguen siempre atentos a los dividendos de sus accionistas; pero ya no es para ellos la única función, ni siquiera es la función principal. En efecto, han comprendido que tan sólo para subsistir y producir, cada día más, deben compenetrarse del sentido social y tener en vista el interés general. Así pues, no por amor cristiano, desde luego, sino por interés general bien entendido y en razón de la generosidad ontológica, por así decirlo, del movimiento de la vida, poco a poco toma cuerpo la idea del bien del ser humano, de todos cuantos cooperan al trabajo y, también, del gran público. De ninguna manera presumo que las corporaciones hayan llegado a hacer primar el bien común sobre el bien particular. Pero están en vías de alcanzar un punto en que su interés particular los obligue a tener en cuenta los derechos superiores del bien común.

"El barón (del acero, el petróleo, etc.) ha muerto" —o se está muriendo— como escribían los redactores de la revista "Fortune" al anunciar su publicación "USA — The Permanent Revolution". Las corporaciones tienden a convertirse en una especie de comunidades autónomas donde la gestión de un solo individuo cede el lugar a la dirección en equipo; ellas son, en su estructura, tan complejas y diferenciadas, que han creado la necesidad de una nueva función: la del especialista en relaciones humanas, encargado de enseñar la psicología aplicada a las diversas ramas de determinada industria, y de despertar entre ellas una comprensión humana.

Existe, de hecho, una gran parte de planificación. Es espontánea (gracias al personal de economistas empleado por cada gran corporación) y a la vez está íntimamente ligada a las legislaciones del Estado federal y de cada Estado, como asimismo a los reglamentos e instigaciones del Gobierno.

A las viejas luchas que durante el heroico período de la organización del trabajo oponían implacablemente sindicalismo y patronaje, sucedió un nuevo tipo de relaciones en que los antagonismos siguen siendo igualmente serios, pero se reducen, en definitiva a una colaboración de potencia a potencia, fuente de enormes progresos sociales, tal es el salario anual garantizado de los obreros como en algunas grandes firmas industriales, y los convenios que relacionan salario y rendimiento. Ciertas compañías han implantado la participación de utilidades. Y no sería raro que un día, pese a la opinión dominante, la imaginación creadora norteamericana descubriese con el manejo de la empresa, sea como fuere, algún medio imprevisto de asociar al obrero. Puede decirse que la próxima generación nor-

teamericana verá modificarse el papel que desempeña la función del sindicato. Este papel y esta función se convertirán en un principio profundo y orgánico de la unidad económica, de suerte que el sindicato, de pura fuerza antagónica que era dentro de la fórmula patrón versus obrero, propia de la economía capitalista de ayer, se transformará en una fuerza de necesario contrapeso, consciente de sus responsabilidades, y en un "engranaje institucional de la economía norteamericana, funcionando en ella con tanta eficacia cuanto con menos conflictos emocionales"

En fin, uno de los rasgos más notables del cuadro es, en el escenario norteamericano, la abundancia de grupos privados, de clubes de estudios, de asociaciones, de comités, cuyo objeto es "velar sobre tal o cual aspecto del bien común". Su actividad se halla inseparablemente ligada a la de los organismos estatales, de otros grupos privados, del mundo universitario, o de los negocios y de la industria. De ahí una regulación y un estímulo colectivos, espontáneos, incesantes, del enorme esfuerzo del país entero, sobre cuya importancia no cabría exageración.

Todo esto no es sino un comienzo, pues humanizar al mundo es tarea inmensa y difícil. Los progresos sociales de que hablaba recién entrañan, en el caso de grandes corporaciones, los inconvenientes típicos del gigantismo para no mencionar la "neurosis de la promoción" que acecha a los dirigentes de empresas. El poder de la alta finanza es siempre muy grande, muy grande, en verdad. Y será necesario, en nombre del interés público, que la potencia formidable de las corporaciones y de las grandes empresas a medida que crece sea legalmente reglamentada y equilibrada por diversos otros poderes. La alianza más y más estrecha entre las grandes corporaciones y el gobierno plantea serios problemas; asimismo, el sentido de las responsabilidades que poco a poco se despierta en ellas frente al interés general —y, en último término, en lugar del bien político de la nación— dando testimonio de que las corporaciones, quieranlo o no, desempeñan en la sociedad democrática un papel específicamente político. Confío en que se habrán de encontrar soluciones satisfactorias tanto para estos problemas como para aquellos similares planteados por la función política que, a su vez, el trabajo organizado está destinado a cumplir. Semillante labor demandará, sin embargo, mucho tiempo, mucha energía y mucha dedicación tenaz. Comprometiendo el espíritu del pueblo y la lógica del sistema industrial, proseguirá la lucha bajo nuevas formas y a través de nuevas fases, mientras el sistema industrial mismo, impulsado por el progreso científico, se encaminará hacia nuevas resoluciones técnicas. La realización gradual del ideal norteamericano de "igual oportunidad para todos" y el progreso de la justicia social

serán tarea de más de una generación. Pero el camino está abierto; el espíritu que, en última instancia, anima todo el ritual de la economía, ha variado; se rompió con los viejos moldes del régimen industrial.

UN NUEVO REGIMEN ECONOMICO Y SOCIAL

A fin de ilustrar esta reseña demasiado rápida e imperfecta, se me permitirá citar algunos pasajes del último capítulo del libro de Frederick Lewis Allen "The Big Change", que ya he mencionado. Este capítulo apareció primero en junio de 1952, en el "Harper's Magazine":

"En la publicación "This Week" (marzo 4, 1951)... el redactor jefe William I. Nichols escribía un artículo titulado "Se solicita un nuevo nombre para el Capitalismo". Considerando esta palabra inadecuada para designar el sistema norteamericano actual, pues en el espíritu de muchos, especialmente en el extranjero "evoca el sistema económico de comienzos del siglo XIX". Nichols preguntaba: ¿Cómo describir este sistema —imperfecto, pero siempre en progreso y siempre abierto al progreso— donde los hombres avanzan juntos, trabajan juntos y comparten juntos el fruto de su acrecentado rendimiento? Agregaba haber oído diversas expresiones: nuevo capitalismo, capitalismo democrático, democracia económica, democracia industrial, distribucionismo, mutualismo, productivismo; pero quería saber si se podría encontrar un término más apropiado, e invitaba a los lectores a enviar sus sugerencias por escrito en formulario adjunto a la revista.

"Llegaron quince mil respuestas con sugerencias. Jamás, en toda mi experiencia periodística, diría Nichols, había tocado una cuerda tan sensible" (F. L. Allen, THE UNSYSTEMATIC AMERICAN SYSTEM, "Harper's Magazine", junio 1952, Pág. 21).

El mismo Allen parece preferir el vocablo "gestionismo" "gerentismo" (managementism). ¿Puedo proponer, como más agradable al oído y más exacta, la expresión "humanismo económico"?

"El autor señala que en virtud del mecanismo del sistema recibido de Europa, Norteamérica, al cambiar el siglo, parecía a punto de convertirse en un país donde los millonarios poseerían cada vez más riquezas y el resto cada vez menos, y donde algunos financistas manejarían no sólo el aparato económico de la nación, sino también el aparato político. Era ofender, continúa (y atribuyo mucha importancia a esta observación), el espíritu democrático del país y el sentido nacional del "fair play". Entonces, nos dimos a la tarea, a fin de modifi-

car tal estado de cosas no por una revolución sino a través de una serie de revisiones experimentales del sistema. El movimiento de reforma en los primeros años de este siglo —esa rebelión de la conciencia norteamericana, fomentada por Théodore Roosevelt, el viejo La Follette y Woodrow Wilson (tuvo como efecto) el que debido a combinadas revisiones del sistema, pieza por pieza —leves fiscales, leves sobre salario mínimo, subsidios, garantías, replantamientos de diversos órdenes—, gracias también a la presión ejercida por las uniones obreras y al cambio de actitud en la dirección de las empresas, havamos derogado la "ley de los salarios". Iniciamos una redistribución automática de la renta entre los más y los menos afortunados... Habíamos encontrado una nueva frontera por abrir: el poder de compra de los pobres. Tal es, a mi parecer, la esencia del gran descubrimiento americano. He aquí su corolario: si se le ofrecen los medios, la masa de los desheredados sabrá sacar partido y producirá, en conjunto, ciudadanos dignos de confianza" (Ibid. Pág. 22).

Es así como en este país se incorpora un nuevo régimen económico y social. El fenómeno inflige un desmentido a las predicciones de Karl Marx, y obedece no a alguna necesidad interna del capitalismo que hubiese escapado a Marx, sino a la libertad y al espíritu del hombre, y en el caso nuestro, a la inteligencia y la conciencia del pueblo norteamericano y a su esfuerzo colectivo de invención creadora.

Hablando en cuanto a filósofo, yo diría que el beneficio individual aún sigue y seguirá siendo siempre un estímulo indispensable del hombre, pero está en vías de perder su primacía absoluta; el principio de la participación de utilidades en una asociación contractual ha suplantado decididamente el principio de la fecundidad del dinero.

Aun cuando este régimen económico y social no sea sino un esbozo, ya ha llevado la historia humana más allá del capitalismo y del socialismo. Como dice el mismo autor cialismo, sino más allá del socialismo... Es hora de que nos demos cuenta: cuando combatimos al comunismo, combatimos el pasado, no el porvenir"

Es éste un hecho primordial en la historia moderna; y constituye un éxito considerable del método experimental, caro al espíritu norteamericano.

NECESIDAD DE FORMULAR UNA FILOSOFIA.

Sí, por cierto. Pero vuelvo a mi idea-tema, a la necesidad de una ideología o de una filosofía suficientemente elaboradas. Y pregunto:

¿quién, en el mundo, se da cuenta del hecho primordial que acabo de mencionar? Aquí mismo en Estados Unidos, a falta de una conceptualización explícita y de una formulación ideológica, marchando a la par con el acontecimiento, el lenguaje corriente y el vocabulario oficial hacen pensar que Norteamérica ha aceptado el desafío del comunismo en los términos de la propaganda comunista: comunismo contra capitalismo, siendo Norteamérica el baluarte del capitalismo.

Es una lástima, a mi entender, si se considera el punto de vista de los demás pueblos, para quienes el capitalismo conserva su sentido clásico: abominan hasta el nombre y no están dispuestos, ciertamente, a morir por él. A nadie, en Asia, en Africa ni en Europa, se le ocurriría dar su vida por el capitalismo.

Es lástima, también, desde el simple punto de vista de la exactitud del lenguaje: pues la verdad es que Norteamérica está en vías de despedirse del capitalismo, no mediante una revolución repentina, violenta y destructiva, sino a través de una transformación continuada, constructiva y asistemática.

Numerosas obras, desde luego, y excelentes, escritas por autores norteamericanos, ponen de manifiesto esta verdad. Entre ellas señalaré cuatro: "The Big Change" de Frederick Lewis Allen, que he citado reiteradas veces; "The 20th Century Capitalist Revolution" de Adolf Berle; "The New Society" de Peter Drucker; y "Big Business: A New Era" de David Lilienthal.

Todos estos libros, sin embargo, han sido escritos con posterioridad. Ellos nos ofrecen análisis reflexivos de lo que ha ocurrido. No eran estudios teóricos ilustrando la marcha de los acontecimientos. No formulaban un pensamiento capaz de levantar los espíritus y de impulsar a la acción. Concentrados en la descripción del proceso experimental norteamericano y en las particularidades norteamericanas, ofrecen sólo un interés limitado a quienes no conocen este país.

En una palabra, presentan un análisis de las etapas iniciales de un proceso que, para su pleno desarrollo, precisará no menos de un siglo, en circunstancias que lo que podría despertar la esperanza de los hombres, en todo el universo, es una idea del fin último hacia el cual tiende dicho proceso.

Los eruditos europeos que se mantienen al corriente de los asuntos norteamericanos, seguramente conocen el hecho histórico que acabo de señalar; pero en cuanto a las masas europeas, éstas no tienen al respecto la mejor idea.

Avanzáis en la noche, portando antorchas hacia las cuales la humanidad gozosa elevaría la mirada. ¡Ay! envuelta en la bruma de

un método estrictamente experimental y de una conceptualización puramente práctica, sin ideas universales que transmitir, carente de una ideología a la altura, vuestra luz escapa a la vista...

* * *

Esta larga digresión era tan sólo un ejemplo. Ella nos demuestra, según creo, que este país no debe abandonar ni abandonará jamás el método experimental, que le es beneficioso. Pero nos demuestra también que obtendría gran provecho concibiendo paralelamente una ideología adecuada, una filosofía explícita, que tradujera su ideal particular en términos comunicables.

No es que sea preciso. ¡Dios nos proteja! montar pieza por pieza una ideología de propaganda. Pero importa cultivar más aún el gusto por las ideas y las verdades universales, condición previa a todo verdadero intercambio intelectual.

Para una función semejante, la comunidad necesita pensadores. Vemos aquí cuán necesarios son los "eggheads", tan impopulares hoy en día —aquellos, sobre todo, que se esfuerzan en proyectar la luz de una filosofía adecuada y de una justa interpretación racional, el poder apostólico de las ideas, si no es a la vanguardia del movimiento de la vida, por lo menos directamente sobre él, como fue el caso en tiempos de la Declaración de la Independencia y de la redacción de la Constitución. Conviene destacar que, en aquella época, Norteamérica participó activamente en el movimiento de ideas que informaba el mundo occidental. Es más, se hallaba a la cabeza en cuanto a las cuestiones de filosofía política, relativas a la Constitución de un pueblo libre. Basta con leer "The Federalist" para convencerse de la amplitud intelectual de las discusiones en juego. La inteligencia norteamericana desempeñó en el movimiento ideológico de la época, un papel de tal naturaleza que ejerció considerable influencia sobre la Revolución Francesa y sobre los aspectos menos discutibles de su filosofía.

Aun cuando en nuestro mundo moderno la formulación filosófica de un ideal universal parece que debiera siempre ser aventajada por la marea de los acontecimientos, se podría en todo caso desprender de los hechos una filosofía social y un programa sistemático suficientemente enfocado.

Traducido por María de la Luz Huidobro de la Revista "Relations" N° 214 — Octubre de 1958.

UN TEOLOGO MIRA HACIA LATINOAMERICA (*)

por Gustavo Weigel S. I.

I

Una de las más constantes preocupaciones de Estados Unidos, desde que pasó a desempeñar el papel predominante de potencia mundial, es la situación de América Latina. Las relaciones con Canadá exigen preocupación, pero no provocan mayor inquietud. Canadá y Estados Unidos se comprenden mutuamente y construyen su política en un plano amistoso. No se podría decir lo mismo con veracidad cuando consideramos el bloque de naciones que se extiende al Sur del Río Grande. Forman ellas las dos terceras partes de la extensión geográfica del hemisferio occidental y tienen una población casi igual a la nuestra. La dependencia de Estados Unidos con respecto a Latinoamérica en cuanto a su capacidad como poder internacional, es evidente. Lo que no resulta tan claro es cómo lograr que la amistad con nuestros vecinos del Sur sea una cosa más estable que el frágil arreglo al que nos vemos actualmente confrontados.

Tal vez la base de las dificultades con que nos estrellamos en nuestras relaciones con Latinoamérica sea el hecho de que nos sentimos como aquel cantante en un drama musical, que con irritación se pregunta por qué las mujeres no pueden ser como los hombres. Los psicólogos y los sociólogos pueden contestar esa pregunta y lo han hecho; pero el hombre común no consulta a menudo a los eruditos. Nuestros dirigentes de la política exterior se sentirán con mucha frecuencia como el Profesor Higgins en *My Fair Lady*. ¿Por qué los Sudamericanos no pueden ser más parecidos a los Norteamericanos?

Esta pregunta no concierne a los hombres de Estado. Ellos deben tratar con la realidad tal como es y errarían si no la encararan de acuerdo con lo que es. Quizás si la falta de éxito en nuestra política con respecto a Latinoamérica estribe en que la realidad es cuidadosamente observada, pero no comprendida.

Tratando con lo real, los hombres están restringidos por las limitaciones propias de su trabajo, no menos que por las reglas impuestas para su acercamiento a la realidad. Estos dos elementos son primordiales en cualquier empresa. No sería necio decir que el Americano, considerado como tipo colectivo, es escéptico frente a las muchas limitaciones

que se suponen inherentes a la materia. No acepta él la expresión "no se puede hacer" con un asentimiento exento de crítica, como algo definitivo. El resultado ha sido que la ingenuidad Americana ha producido cosas que habían sido declaradas imposibles.

Sin embargo las reglas por las cuales el Americano rige su actuación, no son desvirtuadas por el escepticismo. Tiene en ellas una profunda fe y a menudo una intuición de que no son una necesidad impuesta por la naturaleza, sino solamente convenciones adecuadas al temperamento Americano. Es esta fe sin discriminación en la regla lo que lo lleva a considerar a los Latinoamericanos como un rompecabezas.

Recuerdo haber acompañado a un obispo Sudamericano en Estados Unidos. El obispo iba a Europa y debía tomar un barco desde Nueva York. El agente de viaje le indicó el precio del pasaje, que aumentaba considerablemente debido a un impuesto exigido por el gobierno Americano. El obispo, como buen Latinoamericano que era, no veía por qué no siendo él Americano, debía pagar el impuesto exigido a los Americanos. Protestó, pero el empleado de la oficina de viajes no podía remediar su cueja. El obispo se dirigió donde el gerente, quien no podía hacer más que el empleado. Entonces el obispo recurrió ante las autoridades encargadas de recaudar los impuestos, las que igual que el empleado de la agencia, estaban imposibilitadas para ayudarlo, y aún se sorprendieron de que formulara semejante protesta. Habiendo recorrido toda la escala del oficialismo, recibió en definitiva la respuesta de que el asunto era de la exclusiva competencia de un Departamento de Washington y que pasarían meses antes de que esa entidad se pronunciara sobre el caso particular del obispo. Finalmente éste tuvo que pagar el impuesto exigido, pero no sin sentirse víctima de una injusticia.

El Americano común dirá que fue una impertinencia del obispo el tratar de evadir el pago del impuesto. Según las reglas, el impuesto era necesario. Pero un Latinoamericano no mirará el asunto desde el mismo punto de vista. El sabe que las reglas ordenan el pago de ciertos impuestos, pero no ve por qué las reglas deben tener la última palabra. Estará siempre dispuesto a discutir las reglas, especialmente cuando éstas le son desfavorables. Esto mismo lo comprobé en otra oportunidad. Viajando de Balboa a Colón, en Panamá, sobre una carretera hecha por Americanos en la Zona del Canal, el panameño

(*) Traducción de "The Review of Politics", Vol. 20, octubre 1958, Nº 4.

llegó ante un signo "Pare". No se detuvo, y me hizo una reflexión sobre lo bobos que eran los "yanquis", porque ellos se detendrían solamente porque el signo lo indicaba. Mirando hacia la carretera, no se veía venir ningún vehículo, por lo tanto no había necesidad de detenerse, aunque el reglamento así lo ordenara.

Si le fuera permitido a un teólogo hacer una humilde sugerencia a un hombre de Estado, yo le diría que considerara a los Latinoamericanos no según los esquemas actuales, sino de acuerdo con otros más adecuados a la realidad Latinoamericana. Veamos algunos aspectos de esa realidad que no parece impresionar suficientemente a los hombres de Estado.

Encierra una verdad absoluta decir que los Latinoamericanos son un producto de su herencia y de su ambiente. Pero las verdades deben tomarse seriamente, aunque sean vulgares y poco interesantes. La península Ibérica inició a América Latina en su camino y le dio mucho del bagaje que lleva consigo. La población indígena de América Latina está absorbida en lo que actualmente constituye el hombre Iberoamericano. El indio no está muerto por el sólo hecho de que no sea muy visible en todos sus descendientes. Hasta el momento, Estados Unidos no ha manifestado en el curso de su historia una gran comprensión hacia los españoles, y las relaciones con nuestros propios indios nos han enseñado poco en cuanto a la visión fundamental que ellos tienen de la vida. ¿Resulta entonces sorprendente que seamos incapaces de comprender a los Latinoamericanos, que son una mezcla de realidad española e india en un nuevo ser?

En una palabra, el Latinoamericano no ve la vida del mismo modo como la vemos nosotros. Algunos valores que son muy atrayentes para los Americanos, son a veces repelentes para los Latinos. No es posible entusiasmarlos con ellos sólo poniéndoselos ante los ojos. En general el Americano considera que la vida es para el trabajo, interrumpido ocasionalmente por el descanso, y eso sólo para que el futuro trabajo pueda ser más eficiente. El Latinoamericano considera que la vida es para el descanso, interrumpido ocasionalmente por el trabajo, y eso sólo para que su propio descanso resulte posible. El americano desea producir; el Latinoamericano desea gozar. En consecuencia, el Americano busca un aumento de la producción; el Latinoamericano quiere un aumento de la diversión.

Esta actitud general da color a toda la vida de América Latina, aún en el nivel religioso. La constante queja que oigo de los estudiantes Latinoamericanos en las universidades católicas de este país, es que la instrucción religiosa y los programas religiosos son banales y demasiado comunes. Cuando un Latinoamericano escucha un sermón, quiere go-

zarlo con profundo sentimiento. El dramático simbolismo de la liturgia atrae al Latinoamericano, pero el metódico desarrollo de esa misma liturgia es para él menos atrayente que la veneración a que lo lleva la experiencia viva. He visto muchachos Latinoamericanos que entraban en una casi extática conversación con Cristo después de la comunión, aunque se saltaban todas las partes de la misa que no fueran la comunión misma. Por otra parte, este profundo éxtasis no los hacía modelos de superación moral.

En forma similar, un discurso o un poema despierta en ellos todas las pasiones que acechan en lo profundo del hombre. Esta pasión es la mayor cualidad del ser humano y garantiza el valor de un compromiso. La primacía de la pasión hace que el pensar de los Latinoamericanos sea peculiar. Cualquiera que haya vivido con Latinos sabe que como grupo son extraordinariamente inteligentes, rápidos en sus percepciones y brillantes en sus concepciones. El Latinoamericano es también un agudo dialéctico, sobresaliente en construcción lógica. Sin embargo, esta manera de pensar, deslumbradora como es, puede fácilmente no tener relación alguna con el orden real en que viven los Latinos.

La razón de esta paradoja se funda en el principio que ya hemos visto. Los Latinos miran el trabajo como algo que debe evadirse. De ahí que en vez de un lento y metódico estudio, en lugar de una empírica investigación de datos, el Latinoamericano prefiere la intuición repentina, la visión chispeante. Una vez que se ha afirmado en esto, emplea una aguda lógica para refutar a sus contradictores, o deduce de su intuición carente de fundamento crítico conclusiones que lo hacen llegar a vastas consecuencias.

Una vez más la garantía de profundidad del pensamiento es la pasión que en ello pone. Toda idea en un Latino es mesiánica. Jamás es una fría y tranquila asimilación de lo real. La idea no es nunca idealista; es siempre romántica, no obstante el hecho de que los Latinoamericanos se jactan de ser idealistas.

Tales ideas constituyen la constante preocupación de los Latinoamericanos, que se pasan la vida buscando los caminos para alcanzarlas y aunque parezca extraño, ellas están divorciadas del difícil mundo de la vida diaria. El Iberoamericano no es solamente un Don Quijote, sino también un Sancho Panza. En el nivel de la existencia mundana se halla inclinado a ser tanto un ser refinado, como un crudo seguidor de los sentidos. Necesita cosas materiales para la vida, pero no se puede afirmar que sea demasiado delicado en la manera de obtenerlas. Puesto que el descanso, la alta especulación y el éxtasis significan tanto para él, resulta natural que sea fríamente indiferente en cuanto a la manera cómo obtener la satisfacción de las necesidades materiales de la vida. Si se requiere la explotación de una cla-

se diferente, explota a su vecino sin ningún sentimiento de culpa. Si los bienes materiales puede obtenerlos mediante un negocio poco limpio, se queda perfectamente tranquilo. El engaño en sí mismo no es sino una muestra de inteligencia, y en la escala de valores de los Latinoamericanos la inteligencia es considerada muy por encima de la virtud (Cualquier tonto puede ser virtuoso de acuerdo con la opinión del Latino, cuya teología es muy "Pelagiana". Mientras tanto que la inteligencia es la marca distintiva de un hombre superior). Si las necesidades materiales sólo pueden ser satisfechas por el trabajo constante y disciplinado, el Latinoamericano prefiere no tener aquellas cosas que no le son absolutamente indispensables.

De mi descripción, alguien podría formarse la idea de que el continente Latinoamericano es improductivo en todo, excepto en el campo de las ideas románticas. Sin embargo todos los que han visitado a nuestros vecinos Latinos saben que esto no es así. Industrias de todas clases prosperan más allá del Río Grande. Ni son sólo las empresas. El comercio es practicado con fervor y hasta febrilmente. Las universidades promueven ambiciosos proyectos, que a menudo obligan a un gasto monetario fuera de toda proporción con los recursos de la colectividad.

Si esto es así ¿no debería cambiar el concepto anterior acerca de América Latina? Yo creo que no. El ambicioso e imaginativo conquistador quería conquistar innumerables rehenes con sólo un puñado de valientes y crear un imperio inigualado en los anales del hombre. El deseo de superioridad en contrabando con la urgencia de dominar el mundo, son impulsos poderosos en un ser dedicado al sublime romance y a las ideas mesiánicas. La búsqueda de lo colosal en las actividades materiales lo purga de su mezquindad. En Estados Unidos "colosal" es una palabra de Hollywood; en América Latina es una palabra en boca de todos.

Hoy día, los imperios no pueden ser levantados con un puñado de armaduras montadas en un caballo blanco. Sin embargo en la lucha de competencia es aún posible. Tanto en el comercio como en la industria, el galante campeón puede presentar combate y mirar a sus enemigos con resolución y fuerza. Esto también se puede hacer en los deportes. La afición a los deportes en Latinoamérica es algo impresionante. Lo que no quiere decir que el Latino tenga en este sentido mucho de inglés. El equipo debe ganar. El jugador reemplaza totalmente al deportista, aún cuando la gracia y la habilidad son siempre lo esencial.

II

Tal descripción de América Latina puede inducir a los que tienen que entenderse con ella en calidad de encargados de las relacio-

nes internacionales, al pesimismo o al cinismo. El pesimismo invadirá al hombre de Estado que vea a Latinoamérica como un impotente, pero obstinado imperialista que se alimenta con ideas de grandeza, sin querer imponerse ninguna restricción por consideraciones de prosaica moralidad. El cinismo cogerá al hombre de Estado que desee adular a los Latinos, fomentando en ellos sus ilusiones de grandeza, pero sin hacer al mismo tiempo nada por terminar con la debilidad e impotencia en la cual los mantiene la falta de realismo.

Pero el pesimismo y el cinismo son armas frías en manos de un hombre de Estado; no son ellas las únicas de que podemos disponer para realizar nuestro intercambio con América Latina. La importancia que tiene la pasión para los Iberoamericanos no solamente los mueve a ideas grandiosas y a romanticismos mesiánicos. También los lleva hacia el amor.

En una ocasión atendía a un amigo Sudamericano en su lecho de muerte. Hacía mucho tiempo que había perdido su fidelidad religiosa y no la recobró en esa hora suprema. Estaba él alerta y su mente funcionaba claramente. En mi calidad de sacerdote le pregunté si deseaba recibir los últimos ritos de la Iglesia. Su contestación les parecerá original a los Americanos. Me dijo que no tenía inconveniente si con ello me daba un agrado. Conociendo al hombre, le asegure que no tenía importancia que me agradara a mí y que lo verdaderamente importante era si le agradaría a él. Su respuesta fue que yo sabía que él no tenía fe en ninguna religión, ni siquiera en la mía, en la cual él también había sido educado. En vez de cualquiera de las religiones conocidas, él tenía la religión de la amistad. Yo era su amigo y él haría lo que me agradara. En consecuencia, yo no podía administrar los ritos cristianos a un incrédulo, aún cuando se estaba muriendo (Más tarde cuando el enfermo entró en el coma final, un sacerdote menos inhibido que yo le administró el sacramento de la Extrema Unción).

Pocos Latinoamericanos llamarían amistad a su religión. Sin embargo, no hay uno solo que no la considere como el don más preciado que le ha dado la vida. Nada hay tan emocionante como recibir la amistad de un Latinoamericano. Por el amigo ningún sacrificio es demasiado grande, y ni siquiera se considera como sacrificio. La felicidad de dar vale más que la consiguiente pérdida del obsequio. El amigo Latinoamericano es leal en las buenas y en las malas. Negará los defectos de su amigo aun ante la aplastante evidencia. Disfrutar de la amistad de un Latinoamericano es una experiencia increíble.

Es esta capacidad para la amistad la que aún no ha sido probada por nuestros hombres de Estado. Pero para probarla es necesario entenderla. El Latinoamericano no brinda su amistad con ligereza. Por lo general y

sin lugar a dudas, es leal con sus parientes; pero éstos no los elige; por el contrario, le fueron impuestos. Sus amigos sí que los puede elegir y lo hace cuidadosamente. La camaradería no es amistad y la capacidad de los Latinos para la calculada explotación de una persona no se acalla con la camaradería. Pero de la camaradería puede nacer la amistad. Puede nacer en la hora de la necesidad, cuando un hombre precisa la ayuda de su vecino. El futuro amigo está siempre a prueba, pero cuando ha rendido satisfactoriamente el examen final, el amigo se convierte en un alter ego.

Por supuesto que la amistad que hemos considerado aquí está fundada en el nivel del intercambio entre individuos. No puede sentarse lo mismo como absoluto cuando el plano del intercambio es entre grupos. Sin embargo el grupo está compuesto por individuos y la fuerza de la amistad está trabajando en todas las comunidades Latinoamericanas. Cualquiera colectividad grande está formada por grupos subsidiarios y los grupos pueden ser hostiles entre sí. Esto puede observarse en los partidos políticos Latinoamericanos. En algunos países de Latinoamérica pertenecer a un partido hace que automáticamente el militante de ese partido se vuelva en contra de todos los militantes de otros partidos en todas las fases de la vida. Esto resulta difícil de entender por el hombre de Estado extranjero. ¿Debe él elegir uno de los partidos y de este modo exponerse a captar la enemistad de los otros?

En realidad el problema no es tan grave como parece. Se puede tener verdaderos amigos que no sean amigos entre sí. Los Latinos comprenden esto muy bien y lo toman en cuenta. No hay ninguna posibilidad de reunir a estas distintas clases de amigos, por lo que nuestra amistad debe trabajar en un nivel múltiple. Los distintos amigos saben que eso está sucediendo, pero por la consideración a la amistad están deseosos de pasarlo por alto. Esta falta de completa identificación con uno de nuestros amigos obliga a un esfuerzo en la amistad, pero los Latinoamericanos pueden soportar este esfuerzo. La razón de esta amistad no es formalmente racional. Deriva del cariño y de la pasión y estas dos fuerzas no son dominadas por la lógica.

Bajo cierto aspecto, la amistad Latinoamericana es como una calle de doble tránsito. No es solamente uno de los amigos el que da, ambos están igualmente involucrados en la acción. Mi amigo espera que yo vaya hacia él en mi necesidad y toma como algo natural el darme lo que necesito sin preguntar nada. También toma como un hecho indubitado que él tiene el mismo derecho sobre mí. Esta justificada pretensión no está basada en derechos o reglamentos. Es de la verdadera esencia del amor, del que la amistad no es sino una expresión. Fácilmente puede ocurrir que

sea uno de los amigos el que pide más, lo que tampoco es considerado injusto de acuerdo con esta concepción de la amistad. La amistad es un nivelador y todo lo que es y lo que tiene cualquiera de los amigos debe ser propiedad común a ambos.

Aquí es donde el hombre de Estado se acobarda. No puede exponer a su propia colectividad a las solicitudes de un grupo extraño. Además, no es libre para ignorar las reglas del juego. Por esto los artifices de la política extranjera encontrarán dificultad para tratar con los Latinoamericanos sobre la base de la amistad. Franklin Roosevelt acuñó la frase "política de buena vecindad". Este fue un acercamiento característicamente Americano. Vecindad es algo que los Americanos entienden y es una forma de amistad, aún cuando es una amistad limitada. Pero un Latinoamericano no entiende una amistad limitada. Debe ser una mutua y a la vez total entrega. Esta es la razón por qué la política de buen vecino no fue recibida con entusiasmo en Latinoamérica, tal como ella fue ofrecida por Estados Unidos. A los Iberoamericanos les pareció calculada en el interés de los oferentes y muy pronto explotada sobre esa base. Era un arreglo en que cada socio trataba de sacar lo más posible del otro, con la intención de devolver lo menos posible. La simple relación de vecinos no es una verdadera relación de amistad. Es más débil y tiene sus raíces en la ventaja personal. Los Americanos pueden concebir la vecindad como un tipo de amistad, pero los Latinoamericanos no.

III

¿Cuáles son las conclusiones de estas observaciones? En primer lugar, el hombre de Estado debe ser realista y debe tomar a los Latinoamericanos tal como ellos son. Es una locura tomarlos de otro modo. No podemos tratar con ellos como si fueran Norteamericanos. No lo son. Esto también es verdadero para los gobernantes Latinoamericanos en su trato con nosotros, pero resulta que en el momento actual es Estados Unidos el que está tratando de conquistar el favor de Latinoamérica más que lo contrario. Nosotros debemos convencernos de una verdad evidente: necesitamos a América Latina, aún cuando es verdad que ellos también nos necesitan a nosotros. En muchos aspectos nuestra necesidad de ellos es mayor que la que ellos tienen de nosotros, aunque la de ellos pueda ser más urgente.

Dada la realidad de América Latina, jamás llegaremos a estar cerca de ellos si no sobre una base de amistad, que esté de acuerdo con lo que los Latinos entienden por amistad. Esto es muy posible. El Latinoamericano no exige que su amigo sea Latinoamericano. Está dispuesto a dejar pasar esta restricción. En una amistad así nosotros daríamos más se-

gún una visión de corta distancia, pero al hacerlo conseguiríamos todo lo que en sí es América Latina.

Ciertos factores en nuestras negociaciones con Latinoamericanos no han sido propicios para moldear una verdadera amistad. Debemos recordar que el Latinoamericano es muy sensitivo. Su profunda convicción acerca de su propia importancia, frente a su debilidad evidente, lo hace muy irritable. En la crisis actual no se les debe recordar ni consciente ni inconscientemente su debilidad, porque esto sólo los haría enojarse. Alguien puede protestar diciendo que estas son niñerías, pero seanlo a no, son la realidad.

Nuestros **hombres de Estado** han andado en los últimos años muy lerdos para proponer programas en un plano en el que no aparezca el afán de buscar sólo el provecho unilateral. Pero nuestros **hombres de negocios** no han sido tan cautelosos. Colombia y Costa Rica se lamentan amargamente de que la política comercial Americana es, en el negocio del café, una amenaza a su bienestar. El Ecuatoriano está disgustado por el precio impuesto a los plátanos, aún cuando sabe que el precio que se recibe en Estados Unidos representa una pequeña parte —y aunque fue el mismo quien produjo los plátanos. El Chileno se siente ignorado en el mercado del cobre, a pesar de la cantidad de cobre que extrae de su propia tierra. Chilenos, Colombianos y Ecuatorianos se sienten injustamente tratados en sus negocios con los Americanos. El Colombiano no es insensible a las necesidades del mercado Americano y está dispuesto a negociar sus ventas de café según las condiciones Americanas. Lo que le molesta es que el café Africano, cuyo costo de producción es menor que el del café Colombiano, sea utilizado como una amenaza en contra del productor de café Colombiano. Y el café es una de las principales fuentes para que todo el pueblo de Colombia reciba los dólares que tanto necesita. Los Colombianos desean entablar una discusión con los comerciantes Americanos del café, pero en un plano en el que haya seguridad de que serán tratados como iguales durante el debate, de tal manera que sus necesidades sean consideradas lo mismo que las necesidades del pueblo Americano. Se siente maltratado cuando se le trata como un mero productor de café, a quien se le puede utilizar o dejar según la conveniencia de los comerciantes americanos del café. *Laissez-faire* es una frase ya anticuada en la política económica. Proceder unilateralmente en esta materia no es el buen camino para hacer amigos, ni para lograr influencia en la gente.

Los negocios americanos han hecho fuertes inversiones en América Latina. Los gobiernos latinoamericanos pueden llegar a exasperarse debido a su burocrática vejación de las compañías americanas. La irritación

se ve a menudo aminorada merced a la cuidadosa distribución de coimas; sin embargo, ésta no es una solución adecuada del problema. Una de las razones por las cuales las compañías americanas son molestadas es la negativa de los americanos para compartir con los latinoamericanos sus intimidades. El americano tiene su manera propia de conducir sus negocios y no demuestra ninguna buena voluntad para modificar dicha conducción y llevarla de una manera más acorde con la situación local. Finalmente se ve forzado a cambiar su forma de actuar, pero esto sólo debido a imposición gubernamental. El resultado es un permanente estado de guerra fría entre las compañías y los gobiernos. Las compañías son dirigidas por directorios desde Estados Unidos y los directores, frecuentemente tienen poco interés en respetar el derecho de participación que los latinoamericanos tienen en la empresa. Los directorios quieren resolver el problema de los derechos de América Latina en términos de dólares, pero resulta que los latinos quieren algo más.

En la mayoría de las industrias americanas en América Latina en las que trabajan americanos, predominan situaciones odiosas. Recuerdo el caso de uno de mis alumnos que se empleó en una mina americana en América Latina. El joven tenía su título de ingeniero. Hablaba el inglés correcta y elegantemente. Era un muchacho culto, que poseía una vasta educación. Se puso furioso cuando fue definitivamente excluido de la vida social de la colonia americana, cuyos miembros eran todos menos preparados culturalmente que él. La colonia americana, sin reflexionar sobre este asunto, hizo sentir a este joven que era inferior, aunque decididamente no lo era. Y esto sucedía en tierra latinoamericana. En general, es cierto que las pequeñas colonias industriales americanas en Latinoamérica hacen una vida social separada de la comunidad nacional, y esto lo hacen de tal manera que los latinoamericanos se sienten de hecho excluidos. El resultado: resentimiento y hostilidad.

Las compañías americanas al construir sus plantas en tierras latinoamericanas traen sus propios ingenieros constructores, quienes quedan totalmente a cargo del programa de edificación. Esto nos parece razonable, porque son especialistas en su ramo. Pero el resultado es la fricción. Latinoamérica tiene sus propios ingenieros que han hecho largos cursos en la universidad. Raramente son especializados y deben hacer toda clase de trabajos de ingeniería, porque los países no son lo suficientemente grandes como para mantener especialistas. Sin embargo, los especialistas americanos, que generalmente no poseen la amplia instrucción del ingeniero latino, se hacen cargo de todo. Se ven obliga-

dos a hablar un mal español o portugués a sus trabajadores, como si fuesen americanos. Hay ingenieros latinos en la realización de los proyectos, pero ostensiblemente desempeñan papeles subordinados. El resultado: resentimiento y hostilidad.

Pero las compañías americanas exclamarán que no tienen ninguna intención de demostrar menosprecio, que sólo desean una construcción eficiente, levantada con eficiencia. Esa es naturalmente una laudable intención. Los especialistas pueden hacer las cosas mejor, y en donde no hay especialistas traen los suyos. ¿Pero no se podría hacer esto mismo con una mejor comprensión de la realidad latinoamericana? ¿No sería posible traer especialistas como consultores de ingenieros latinos, que podrían dirigir el trabajo sin perder su categoría en un medio ambiente en el que perder categoría constituye una calamidad? Políticamente este arreglo es interpretado como que la ambición americana quiere dirigir a Latinoamérica. La interpretación es ciertamente falsa, pero ¿por qué dar pábulo a una interpretación semejante? Si queremos ser amigos y hacer amigos ¿no deberíamos ser más comprensivos y considerados con la sensibilidad de nuestros futuros amigos?

Además, tenemos al turista americano. Alguien ha dicho que el Departamento de Estado no debe dar pasaporte a los turistas antes de haberlos estudiado minuciosamente para cerciorarse acerca de si le hará a Estados Unidos un servicio o un perjuicio con su excursión. No cabe lugar a dudas de que el latinoamericano se siente humillado por muchos turistas. Ricos en dólares, los distribuyen con largueza, y por ello son explotados. Se lamentan cuando la manera de vivir americana no se encuentra en Latinoamérica, ya que allí la gente tiene su propia manera de vivir. Miran con cierto desprecio las ordenanzas locales, que en realidad son excelentes para resolver los problemas que surgen. Buscan "lo original", como por ejemplo una India sacándole piojos del pelo a su chiquillo. Esta escena es fotografiada y la traen para mostrarles a sus vecinos lo atrasados que están los latinos. Tanto los latinos como los americanos que viven en Latinoamérica se horrorizan ante un espectáculo semejante. Los americanos se avergüenzan de sus propios compatriotas y los latinos quedan enfurecidos.

¿Qué hay de teológico en todo esto? Tal vez solamente una cosa: quizás si la verdadera caridad no esté reñida con la política extranjera. Hay muchas formas de amar, desde la lujuria hasta las nupcias místicas. Sin embargo, de todas las formas de amar, como no con tanta emoción lo indica San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios, la caridad es la más alta. Sus bienes sobrepasan toda medida.

¿Puede la política extranjera ser capaz de practicar la caridad? En vez de contestar esto ¿no sería mejor preguntar si acaso no es capaz de hacerlo? Si deseamos la amistad de América Latina debemos tratar a los latinoamericanos como amigos queridos. Un amigo conoce las debilidades y las costumbres de su amigo, pero sabiamente las considera dentro del conjunto y las respeta por su realidad. Sería un mal amigo aquél que las explotara.

Si mi amigo está en continua necesidad, yo lo ayudaré constantemente. Mi capacidad limitará mi ayuda, pero según mi capacidad yo le daré todo lo que pueda. ¿No habrá peligro de que yo sea explotado? Sí lo hay. Sin embargo hay que correr el riesgo. Si nosotros ganamos, nuestro amigo, al recibir, se nos entregará y el intercambio será igual.

Sin duda que esto les parecerá extremadamente simple a los hombres de Estado. Es obvio que en ello hay una gran simplicidad, porque se supone que un teólogo puede ser simple para exponer asuntos referentes a distintos campos de actividad. Sin embargo, eso es lo que hace que la Teología sea una auxiliar de todos los esfuerzos humanos. La Teología trata de la Causa Última, del Interés Absoluto del hombre. Ni el más pequeño esfuerzo está libre de la influencia del Interés Último, en cuyos límites encuentra justificación el más pequeño esfuerzo. La Teología tiene algo que decirle a los hombres de Estado. No puede ella proponer programas. No puede inventar formas. Tampoco puede ser "práctica". Sin embargo, puede mostrar cuál es la dimensión final de los hechos próximos.

Aunque no se consiga más que eso, una sugerencia teológica puede llamar la atención cuando es más clara que otras sugerencias que han sido aceptadas y que se han demostrado incapaces para lograr el fin que persigue la política extranjera.

IDEAS PARA UNA POLITICA DEMOCRATA - CRISTIANA SOBRE SALUD

Dr. Julio Santa María

A primera vista puede parecer absurdo el título de estas líneas y así lo es si con ellas pretendemos definir una Medicina que fuera específicamente Demócrata Cristiana. En efecto, nuestra profesión, en lo que tiene de ciencia y de arte, no se encasilla en moldes partidistas ya que, si caben distingos, ellos sólo se justifican por diferencias en los fundamentos biológicos que puedan sustentarlos: es así como se habla de una Medicina Hipocrática o Galénica, de una empírica o científica, de una Homeopática o Alopática.

Pero si pertenecemos a esta última Escuela, con sus propios conceptos bioquímicos, fisiopatológicos y terapéuticos, no podemos en ella distinguir factores ajenos a su propia naturaleza. La penicilina cuando está indicada hace bien a un paciente cristiano o musulmán, prescrita en un policlínico público o en la consulta privada de un médico radical o conservador, aplicada en hospital norteamericano o ruso. Tal como los gérmenes y demás agentes patógenos no reconocen fronteras ni estratos sociales, así también debe ser nuestra profesión si quiere que se la tenga como realmente científica. Con mayor razón no se le puede aplicar un adjetivo tan contingente como es el denominarla según determinado Partido Político.

Podríamos multiplicar ejemplos y argumentos para confirmar este concepto, olvidado por algunos y muchas veces en el curso de la historia; concretándolo tenemos como una primera idea:

1. La Medicina, como ciencia y como técnica, está por fuera de toda distinción partidista es una afirmación de importantes consecuencias para el actuar práctico de la profesión en un determinado momento histórico y en el correspondiente marco de las estructuras económico-sociales.

Es evidente que nos preocupa la Medicina de hoy, con sus actuales características y entre éstas hay algunas que también tienen trascendencia al llegar al campo de su aplicación práctica. Una de esas notas es el enorme avance de los conocimientos biológicos puros y médicos aplicados, tanto en extensión como en profundidad. Si toda época puede decir lo mismo frente a la anterior, no hay duda que hoy ese volumen disponible para ser conocido y aplicado en bien de la humanidad, sobrepasa las posibilidades de ser debidamente captado y empleado por un solo individuo. Con todo lo que pueda decirse en

contra de la especialización, ella desgraciadamente se impone y el cliente la busca y la exige en una actitud de la vida cotidiana que no necesita pruebas.

Pero hay algo más en este avance de la técnica. La ingeniosidad científica ofrece un sinnúmero de recursos para precisar el diagnóstico y otras tantas drogas para el tratamiento, fruto todo ello de largas y costosas investigaciones. También el cliente sabe de tales progresos y exige que se le apliquen: ya no sólo pide "ser pasado por los Rayos", sino que llega al policlínico con el nombre del último antibiótico que ha conocido a través de la buena y mala divulgación científica. El armamento médico cunde cada día más y más y la Medicina verdadera no puede negárselo a nadie.

Desgraciadamente estos dos hechos: la especialización y su consecuencia, la necesidad de intervenir en equipo de dadores de salud, y el disponer de ese mayor arsenal significan mucho más costo que en las épocas del simple "purgare, sangrare". Y de ahí una segunda idea:

2. El gozo total de los recursos médicos actuales se hace cada día más costoso y, por tanto, va quedando cada vez menos al alcance de la gran masa económicamente vulnerable, en situación que no existía entre Luis XIV y el último de sus súbditos.

Pero hay otra diferencia entre esos tiempos y el actual. Esos mismos avances propiamente médicos y los de otras ciencias y disciplinas nos llevan hoy a definir la salud como algo más que la ausencia de enfermedad. Al adquirir dicho término un alcance positivo, que mira al total de la actividad biológica, psíquica y social del individuo, se borran los límites que separaban a la medicina preventiva de la curativa. Hoy las acciones de fomento, protección y recuperación de la salud forman un todo continuo cuya atención pide equipo más numeroso de profesionales. Por otro lado esas interrelaciones de los hechos médicos hacen más patente las mutuas responsabilidades de los individuos en el cuidado de la propia salud y de la colectividad.

Al considerar la salud en esta forma integral su atención sobrepasa el campo estrictamente médico y se liga a todo el resto de circunstancias de la vida social, influida por las características del medio ambiente físico, psicológico, socio económico imperantes. El último rubro es de particular importancia: la salud se ha engranado en la economía, en una condición de elemento dependiente y al

mismo tiempo como factor condicionante del desarrollo de una comunidad. Como en múltiples reacciones químicas y hechos humanos, entre Economía y Salud puede ponerse una flecha de doble dirección.

No parece necesario ahondar este último concepto, tan obvio como el decir que se necesita una buena máquina para obtener un buen producto. Pero si cabe subrayar que aquí lo obtenido, la salud de la comunidad y sus miembros, tiene un fundamental sentido humano y con este criterio debe abordarse también el sentido de la flecha. Y caemos así en una tercera idea:

3. La atención de la salud, en su sentido integral, es un deber conjunto del individuo y de la comunidad y en una cuarta de no menor trascendencia:

4. La salud, que depende del desarrollo económico, es a su vez importante factor que lo estimula, deviniendo así uno de los objetivos más fundamentales de dicho desarrollo.

Este último concepto no es sino otra versión del axioma tan eminentemente cristiano y hoy tan generalmente aceptado: "la economía es para el hombre". Al considerar esta idea vemos que ahora sí que caben posibilidades de distingos partidistas pues hemos bajado del nivel de los conceptos generales al plano de la aplicación de la ciencia médica para el cuidado de la salud del cuerpo social y de sus miembros. Y en este campo caben las mismas actitudes que pueden afectar a otras manifestaciones de la vida social y económica.

Así, es posible que el profesional de la salud estime, con egoísmo que podríamos calificar de corte liberal clásico, que el fin último de sus actividades sea su propio beneficio. Esquemáticamente podríamos decir que en el régimen de la llamada medicina liberal, el paciente contrata directa y personalmente los servicios de quien él estima capaz de curarlo o de quien se los ofrece a un costo que él puede cubrir. Estamos en pleno juego de la ley de la oferta y de la demanda, con ventajas para el paciente de recursos y para el profesional prestigioso o para el que sabe ofrecer su "mercadería" en forma atrayente, sin olvidar aquél otro que aumenta sus entradas sobre la base del mayor número de clientes a bajo precio aún a trueque de darles una superficial y condenable atención.

Ese costo de la real y eficiente medicina, que mencionamos en nuestra segunda afirmación; la responsabilidad mutua del individuo y de la comunidad, nuestra tercera idea; las interrelaciones con otras actividades sociales y con la economía, nuestro cuarto concepto, han llevado a organizar la atención sobre la base de contratos colectivos. Pues no

otra cosa es, en lenguaje del momento, lo que ha dado origen a la creación desde tiempos inmemoriales de las instituciones privadas y públicas de atención médica. Hoy, siguiendo la tendencia general de dar al Estado mayor responsabilidad, como promotor del bien común, llegamos a la situación que se ha dado en llamar "medicina social" y menos acertadamente como "medicina socializada" y aún "de masas".

Si las acciones de salud se cumplen por una determinada institución puede que ésta llegue a considerarse a sí misma como su propio fin, que se cierre en una autodeterminación exagerada, que piense más en sus propios funcionarios que en quienes deben recibir sus beneficios: una desviación hacia el mal sentido de burocracia. Y también puede darse y desgraciadamente ha sucedido, en una de las tantas expresiones del totalitarismo, que el Estado llegue a fijar el tipo y cantidad de salud que se digna conceder a sus súbditos, no en función de éstos sino de sus fines absorbentes y subyugantes.

No es necesario dar ejemplos que comprueben la existencia de esos posibles defectos de la medicina social cuyos resultados podemos sintetizar diciendo que se atiende números y no personas. Pero, a pesar de ello —y de ese problema de la deshumanización de la Medicina que hoy tantos debaten y tratan de conjurar— es obvio que la medicina socialmente organizada permite hacer llegar sus beneficios mucho más ampliamente que la liberal, a todos los sectores de la comunidad y en especial a los económicamente vulnerables.

Y aquí como quinta idea y primera aplicada podemos aprovechar lo que dice el Art. 10, N° 14, inciso 4 de nuestra Constitución:

5. Es deber del Estado velar por la salud pública y bienestar higiénico del país.

Y lo que agregamos una importante nota en un texto completo:

6. Las acciones de salud constituyen un servicio y con tal actitud deben enfocarse el Estado que las promueve y los profesionales que las realizan.

Quien dice servicio debe hablar de "servidores de la salud", en una expresión más orgánica y funcional que la de "trabajadores" o "funcionarios". Estas dos últimas, que oímos frecuentemente, han nacido del modo simplemente económico con que nos estamos acostumbrando a fundamentar las instituciones sociales. Ellas son también la manifestación de la necesidad en que se han visto los profesionales de agruparse para defender sus propias exigencias económicas. Tal vez ha influido en el menguar el concepto de servi-

cio esa actitud de jacobinismo diechochesco que hace asco a las palabras "caridad" y "beneficencia" por su contenido evangélico, tal como se pretendió cambiar el nombre de hospital que recordaba su origen eclesiástico por el neologismo "nosocomio".

En esos antiguos hospicios había servidores gratuitos. La organización actual de la vida y la justicia exigen ahora que ellos reciban salario y que éste sea suficiente y equitativo. La comunidad tiene la obligación de proporcionárselos juzgando su cuantía por la jerarquía social del servicio que prestan. A mayor abundamiento debe recordarse que las más fastuosas construcciones y los equipos más modernos serían totalmente inútiles para defender la salud si no hay personal que los maneje, si a éste no se le compensa por la mayor preparación que hoy día le exige su propia ciencia y el cliente que quiere gozar de ella. La salud la seguirá siempre dando una acción humana por mucho que se perfeccionen las máquinas de diagnóstico y tratamiento. Lo que en profesionales se invierte es rubro fundamental en las acciones de salud.

Al realizar estas inversiones la comunidad debe comprender que el interés que reditúan es de un orden especial: defensa del capital humano dicen quienes juzgan sólo económicamente el problema; salud y felicidad de la persona humana es ello para quienes estiman que el hombre es algo más que factor de producción. Y por esto los últimos piensan que también rinden las atenciones que se prestan a los irrecuperables y a todos los que nunca podrán entrar activamente en el ciclo de la producción.

De estos hechos se siguen dos nuevas ideas de carácter práctico. Para la primera seguimos citando la disposición constitucional:

7. Deberá destinarse cada año una cantidad de dinero suficiente para mantener un Servicio Nacional de Salubridad, y frente a una tendencia a olvidar ese precepto, agregamos:

8. La comunidad no puede pedir cantidad y calidad superior de servicios que los que eficientemente pueden cubrirse con los recursos concedidos, a las que con auténtico sentido cristiano de la vida sumamos otra petición, por mucho que ella duela a un deshumanizado economista:

9. La comunidad debe también destinar recursos para atender a los que son y continuarán siendo económicamente inútiles.

Este último concepto y las exigencias económicas que planteamos a la comunidad en los dos anteriores no están reñidas con la sabia virtud de la prudencia. Es obvio que la comunidad no puede darse simplemente salud óptima en desmedro de otras obligaciones igual-

mente imprescindibles, muchas de ellas intímidamente ligadas con esa misma salud. Sería tan absurdo como por ejemplo postergar la defensa interna de la calidad ciudadana por exagerar la física y externa. Es éste uno de aquellos problemas del nivel práctico de equilibrio que corresponde a la comunidad y a sus gobernantes resolver en cada momento con ponderado juicio sobre qué factor contribuye más al bien común. Lo único reprochable sería ofrecer demagógicamente más salud que la que se puede dar eficientemente, tanto como el conceder un mínimo inaceptable por dedicarse a satisfacer también demagógicamente otras necesidades.

Y aquí cabe recordar una actitud que fácilmente puede resultar lesiva para el bien general: la de acceder a peticiones de salud exageradas por parte de grupos de la población, creando en éste campo los mismos problemas que nos aquejan en nuestro sistema de previsión.

La parcelación exagerada de la atención médica es además anti-biológica: la gripe cuando entra a una casa no se fija si la víctima es empleado público o privado, si es obrero o jubilado de las Fuerzas Armadas y de todas esas categorías puede haber en una misma familia. El falso ideal del "hospital propio" ni siquiera se justifica hoy para los ejércitos, en una época en que las heridas de la guerra atómica alcanzan a toda la población y en que las propias batallas no necesitan de esos hospitales de sangre en que el bisturí era más bien cuchillo de carnicero.

Y tan importante nos parece esta imprevisión en que puede fácilmente caerse por natural condescendencia por determinado grupo, que estimamos conviene destacar una décima idea:

10. Las acciones de salud no deben parcelarse por motivos que no sean estrictamente biológicos.

Lo anterior, que está implícito en el precepto constitucional del Servicio Nacional de Salubridad, no se opone a que la iniciativa particular organice acciones que, entre nosotros, se llaman privadas. Esta posibilidad ya la contemplábamos en nuestra tercera idea, pero allí mismo indicamos una nota fundamental: deber conjunto, es decir dentro de una orientación general que permita el mejor rendimiento de los recursos disponibles. Y no debemos olvidar que ellos en último término tienen el mismo origen, sea que lleguen a través de impuestos al Servicio Estatal o por donaciones a la Institución privada: por uno u otro camino forman parte de la cuota que la comunidad quiere dedicar a darse salud.

Por esa necesidad de dar el más alto rendimiento a esa suma de recursos, por esa

virtud de la prudencia que recordamos hace poco, porque las instituciones tanto públicas como privadas deben mostrarse a la altura de la confianza que deposita en ella la comunidad, es indispensable que unas y otras cumplan con la obvia necesidad de una estructura eficiente. Está demasiado en boga el término de "racionalización de las empresas", como para que sea necesario entrar aquí en detalles sobre el problema; igualmente es obvio que en ellas no debe imperar la "polítiquería" ni el sectarismo frente a beneficiados o funcionarios; son ellas de todos y para todos.

Pero hay un aspecto de esa prudencia en el manejo de los recursos que conviene destacar, porque la comunidad y sus miembros con frecuencia no lo aprecian: la jerarquización de los programas. En efecto, las diferentes enfermedades repercuten con distinta intensidad en la salud colectiva, sin relación con las molestias que producen al individuo ni con la reacción sentimental que las acompaña: cuando vemos a un pobre niño lisiado por la poliomeilitis nos olvidamos de esos otros miles que ni siquiera pudieron contraer la enfermedad por haber muerto antes del año víctimas de las vulgares diarreas estivales. Es evidente que estos últimos cuadros deben preocupar mucho más a la colectividad y para ellos deben destinarse mayores recursos, especialmente cuando el total disponible es limitado.

Esta necesaria prudencia y adecuada comprensión de lo que constituye realmente el bien común sanitario nos llevan a otra idea:

11. Las instituciones de salud, públicas y privada, deben estructurarse racionalmente y deben jerarquizar sus programas sobre la base de adecuada información técnica, proposición que aparentemente se contradice en su último componente con lo que expresamos más arriba acerca de la atención de los irrecuperables, junto a quienes podemos colocar a las víctimas de afecciones de escasa trascendencia social. Ambos tipos creemos que constituyen un campo particularmente propicio para la manifestación de la superabundancia de la caridad: es aquí donde la iniciativa privada puede contribuir al bien común preocupándose de su atención con la cuota de lo superfluo o la del sacrificio que muchos se sienten siempre inclinados a destinar al alivio del dolor.

Este undécimo concepto merece otro comentario, ahora sobre sus últimas palabras: información técnica. Queda así ligada con nuestra primera proposición, allí donde expresamos la independencia de la medicina en su calidad de ciencia, independencia que debe extenderse al modo de aplicarla en todo aquello que le es propio y conducente a sus fines. Si la comunidad ha delegado el cuida-

do de la salud en determinados de sus miembros constituyéndoles en profesionales especializados, si se ha dado organismos para el logro de ese objetivo, no es sino natural que manifieste fe y confianza en unos y otros. Tal es por lo demás la actitud del paciente frente a su médico particular: acepta el diagnóstico y el tratamiento prescrito sin someterlo a juicio ajeno alguno.

Pero, por otro lado, en nuestro cuarto concepto subrayamos la interdependencia de las acciones de salud con las demás de la colectividad, especialmente con las de carácter económico. Como todas miran al bien general del cuerpo social, tampoco sería lógico que los organismos de salud se movieran en órbitas propias desconociendo tales planos de conjunción. Ni las instituciones privadas y con mayor razón las estatales pueden calificarse como de autónomas absolutas. Nos encontramos aquí con otro de los tantos casos de equilibrio entre dos condiciones de funcionamiento igualmente necesarias, que sólo puede resolverse por la ponderación en el juicio de parte de los técnicos en salud y de la comunidad representada por aquellos en quienes ha delegado la gestión total del bien común.

La importancia de esta condición nos lleva a un doceavo concepto:

12. Los organismos de salud deben ser autónomos en todo lo que dice relación con sus fines específicos; pero sus programas deben coordinarse, en adecuado plano de igualdad, con las demás actividades del cuerpo social.

Al respetar esta autonomía técnica la colectividad y sus miembros no pierden ni el deber personal de colaborar a las acciones de salud que destacamos en nuestra tercera idea, ni el derecho a conocer la marcha de las instituciones. Generalmente se hace particular hincapié en este último detalle, con su expresión más corriente y menos eficaz de discutir la composición de consejos o de intervenir en los aspectos meramente administrativos y presupuestarios. En cambio, curiosa despreocupación, la comunidad no se conmueve por los hechos estrictamente médicos que son los que condicionan la eficacia de los servicios.

Agrava este artificial problema este modo tan actual de apreciar la vida en sociedad, como que ella estuviera fundamentalmente destinada a asegurar derechos olvidando los deberes que les son conexos. Y en materia de salud, por muchos progresos que nos brinde el futuro y por más "socializada" que se haga la comunidad, seguirán siendo estos deberes individuales el fundamento obligado para asegurar la colectiva. Por cuanto conviene evitar que se produzcan dificultades en los organismos de salud por los motivos que aca-

bamos de comentar, conviene presentar otra idea:

13. Las instituciones de salud deben mantener debidamente informada a la comunidad tanto sobre sus programas técnicos como sobre los detalles administrativos de su estructura, en un diálogo de mutua comprensión que dé realidad a nuestro tercer concepto: el deber conjunto, y a nuestra sexta proposición: la actitud de servicio.

Para que esta conversación sea fructífera se necesita que la colectividad y cada uno de sus miembros adquiera esa conciencia sanitaria que le permita prestar esa colaboración, tantas veces señalada, a las acciones de salud. Ello sólo puede adquirirse mediante la educación, pero en grado mayor que la que puede impartirse por las mismas instituciones especializadas: a más de la llamada "educación sanitaria" es indispensable en toda política de salud que se cumpla con otra proposición:

14. La educación para la salud debe figurar obligadamente en todos los grados de la instrucción y constituir preocupación constante de todos los grupos sociales, en una actividad en que organismos como los sindicatos podrían realizar una efectiva labor en beneficio de sus miembros.

Es evidente que muchas, por no decir todas estas catorce ideas sean compartidas por otras agrupaciones fuera del Partido Demócrata Cristiano. No puede ser de otra manera, ya que todo médico con sentido social, después de sentar el primer concepto de la

independencia de nuestra profesión frente a toda determinación partidista, tiene que raciocinar sobre sus aplicaciones prácticas en términos muy semejantes a los expuestos en estas líneas. Así, ni entre los más "liberales" de nuestros colegas se encuentra alguno que quiera destruir lo que se ha ganado con nuestro Servicio Nacional de Salud; en el otro extremo los marxistas más violentos tampoco se atreven, aun cuando más no sea por táctica, a proponer la total desaparición de las instituciones privadas.

Por eso si queremos destacar una nota propia totalmente específica para una política democratacristiana en materia de salud tenemos que buscarla y definirla no en la Medicina misma ni en las estructuras u organismos que las apliquen, sino en el médico y demás profesionales que las realizan: en ese actuar democrático y cristiano con que deben poder al servicio de la comunidad los conocimientos que esa misma colectividad les ha permitido y facilitado adquirir, permitiéndoles así realizar su propia vida y contribuir al mejoramiento de la de los demás. Y, para terminar con el mismo modo de presentación que hemos seguido en estas líneas, diríamos entonces en una última afirmación:

15. La Democracia Cristiana aspira a dar la mayor cantidad eficiente de salud a todos y cada uno de los miembros del cuerpo social, por medio de instituciones públicas y privadas que actúen en programas conjuntos y jerarquizados, y realizados por profesionales movidos por un íntimo sentido de servicio técnico y humano.

RECETAS DE LAS RENGIFO

Un obsequio para nuestros clientes: esta doblemente "sabrosa" obra, que vino a llenar una necesidad de los hogares chilenos, cuidadosamente empastada, al precio de \$ 3.800

Una exclusividad de la LIBRERIA DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Casilla 3126 — Santiago.

Los LIBROS

BAJO LA TIENDA

Por *Daniel Riquelme* (3.^a ed.). Editorial del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1958.

“Bajo la Tienda” de Daniel Riquelme, como “Recuerdos del Pasado” de Pérez Rosales o “Recuerdos de Treinta Años” de Zapiola, es un libro que puede considerarse clásico en la literatura nacional, por su amenidad, interés y ser un verdadero documento de chilenidad de una época en que Chile se vio envuelto en la vorágine de una guerra fratricida.

Lo que primitivamente llamó Daniel Riquelme, con excesiva modestia, “Chascarrillos Militares”, se convirtió más tarde en “Bajo la Tienda”, que reúne dieciséis interesantes y amenísimos relatos sobre la actuación de nuestros “rotos” en la Guerra del Pacífico. No son precisamente cuentos, sino recuerdos de cosas vistas u oídas, las que nos ofrece Daniel Riquelme en esta obra pulcramente editada por la Editorial del Pacífico.

En “Bajo la Tienda”, no todos los relatos son de índole guerrera, sino que hay algunos en que campean el buen humor, la socarrería y algo de esa cualidad innata del chileno, que no es fácil de definir, porque es una mezcla de adudacia y disimulo, de cinismo e irónico sentido de la vida, como en “El Cabo Rojas” y “Los Relojitos”, donde la pluma de Riquelme adquiere contornos regocijantes para definirnos en breves páginas la multiforme estatura moral de nuestro roto.

Los relatos están escritos en lenguaje corriente, directo, nervioso, como corresponde a un corresponsal de guerra en íntimo contacto con las alternativas de la vida de campaña, ventaja ampliamente aprovechada por el autor, ya que sus relatos no han sido superados hasta ahora en nuestra literatura.

Hay en las páginas de “Bajo la Tienda” una espontaneidad, un hálito de fuerza primitiva, de primeras aguas que corren libremente por los cauces de la pluma, que las ha-

ce inapreciables e inolvidables. Volver a releerlas, es siempre un verdadero agrado, un sumergirse en un mundo diferente, vigoroso, henchido de realidades, de fuerzas liberadas, de pasiones desatadas al arrebatador y vibrante toque del clarín.

Hay un relato titulado “El Perro del Regimiento”, que emociona y hace que el lector participe de la angustia de los soldados en campaña. “Coquimbo”, el perro del Regimiento, es ejecutado por un oficial, porque sus ladridos nocturnos denuncian al enemigo la presencia de las tropas chilenas que buscan un ataque sorpresivo. Eso es todo. Pero suficiente. Riquelme resume la escena con breves pinceladas: “Y quién haya criado un perro y hecho de él un compañero y un amigo, comprenderá, sin duda, la lágrima que esta sencilla escena que yo cuento arrancó a los bravos del “Coquimbo”.

Recomendar la lectura de este libro sería poco y nada novedoso, pero lo hacemos a riesgo de repetir lugares comunes. Todo chileno debiera leerlo. Lo merece la memoria de su autor y el contenido de su obra.

GONZALO DRAGO

HISTORIAS DEL CARDENAL

Por *Isak Dinesen*. Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1958.

Ha sido un acierto de la Editorial del Nuevo Extremo la publicación de las *Historias del Cardenal*, de la escritora danesa Isak Dinesen, cuyos cuatro cuentos son verdaderos ejemplos de finura estilística y de hábil y segura matización psicológica.

Cada una de estas *Historias* logra un fuerte impacto emocional en el lector. A medida que se avanza por esas páginas densas y, a la vez, aireadas, de un buen aire de nobleza vagabunda y heroica, se va descubriendo a una gran escritora, capaz de manejar con auténtica soltura y delicioso po-

der evocativo, los más disímiles aconteceres. Todo envuelto en una sutil emanación de atmósferas idas o que no se resignan a morir, apenas retenidas por una especie de magia luminosa.

Hay un dulce humor en la obra de Isak Dinesen, que se desliza imperceptiblemente hacia la tragedia. Pero lo trágico no es concebido tremendo, lleno de horror y desesperanza; ni como aquello que puede destruir el alma en su pura y soberana incongruencia. Es algo llano, tenue, nobilísimo, natural, venido en el río del vivir tal como en la sal el acre sabor.

Profunda belleza de imágenes tienen estos cuentos y una maestría narrativa que parece traer sus esencias de la vieja tradición medieval. La historia de Lady Flora, la aristocrática gigante inglesa, virgen tremenda y refinada, que descubre el secreto de las cosas en la vergüenza de un contacto inocente, es un modelo de exquisita gracia y de hondura en el análisis de complejos caracteres humanos, expresadas con la mayor elegancia y gran economía de elementos.

Su *Invierno en Copenhague* perfila un mundo entero de gentes que se mueven y actúan en una atmósfera de suave irrealidad. Pero esta irrealidad no es tal por carecer de existencia, sino porque hay allí un irrumpir súbito de tiempos muertos, que es tan vivo, o más bien, viviente, pero, al mismo tiempo, tan lejano, que ahora es un hermoso cuento de hadas.

Ecos, la cuarta y última *Historia del Cardenal*, vuelve al paisaje y a los hombres y mujeres de Italia para envolver de nuevo al lector con el arcaico perfume de la sabiduría meridional. En esa diva que busca su voz, hay algo más que el mero recorrer el mundo en un divagar sin objeto. Está, por sobre todo, la desesperada búsqueda del amor, en un afán sobrenatural de entrega, que sea, asimismo, el propio encuentro, el encuentro con sí misma y, finalmente, el encuentro con Dios.

Como dice el Cardenal, en uno de los primeros relatos: "La literatura que exalta al individuo es un arte noble, un producto humano, sincero, ambicioso y grande. Sin embargo, el arte divino está, no en los individuos, sino en el acontecer. En el principio fue el acontecer. Al fin de los tiempos podremos verlo, y comprobarlo, y ése será el que llamamos el Día del Juicio".

Isak Dinesen se ha demostrado, en sus *Historias*, como maestra en el arte de dar al hombre dimensiones inéditas. Ha buseado, y el hallazgo lo han constituido estas pequeñas joyas. Su amor por los seres está allí, entero y palpitante.

También, ha adivinado un poco de Dios y hay un atisbo de sus profundos arcanos en sus *Historias* admirables.

JAIME PERALTA PERALTA

LA ESPADA Y EL CANELO

Por *Alejandro Magnet*. Editorial del Pacífico S. A. Santiago de Chile, 1958.

La epopeya de la resistencia araucana, con su sinnúmero de hechos heroicos y de leyendas bañadas ya por la semioscuridad del recuerdo, es aprovechada por Alejandro Magnet en este simpático tomito de la Colección Ulises de Editorial del Pacífico.

Una época capital para el desarrollo ulterior del país fue la que marcó el año 1598, al producirse el levantamiento general de los indios, que se tradujo en una verdadera orgía de sangre y destrucción y señaló la triste agonía de las florecientes ciudades del sur. El gobernador don Martín Oñez de Loyola sucumbió con todas sus fuerzas en la batalla de Curalaba, y el famoso cacique Pelantaru pudo campear jubiloso, con sus huestes, por las humeantes ruinas.

La derrota de Oñez de Loyola conformaría, así, por casi tres siglos, el destino histórico del país, al reducirlo, geográficamente y psicológicamente, al Valle Central.

Pero ninguna de estas consideraciones desea hacer, ni lo pretende, Alejandro Magnet, en *La espada y el canelo*, al explotar un período rico en acontecimientos y en personajes extraños, para componer y dar vida a una entretenida historia de aventuras dedicada a los niños.

En *La espada y el canelo*, Alejandro Magnet se demuestra como un buen narrador, hábil y esquemático en el manejo de sus personajes. El breve relato corre con interés, con abierta naturalidad y con ciertos toques de humor y de poesía de bastante buen gusto.

(Continúa en la pág. 32)



LA POSTERGACION DE LAS ELECCIONES DE REGIDORES

Discurso pronunciado por el diputado Renán Fuentealba el día 10 de diciembre de 1958 en la Cámara de Diputados.

“Señor Presidente, como decía en la sesión anterior, consecuente con nuestra manera de pensar y aceptando la prórroga de la duración del mandato de los señores Regidores, de tres a cuatro años, pero no así la supresión de las elecciones municipales de 1959, el parlamentario que habla formuló, en su oportunidad, una indicación para suprimir totalmente el inciso 3º del artículo único del proyecto en debate.

Además de las razones dadas, estimo, a pesar de todo lo que aquí se ha dicho, que a circunstancia de suprimir ahora las elecciones edilicias que debían realizarse en 1959 y de prorrogar el mandato de los Regidores que actualmente están en ejercicio constituye un precedente peligroso para nuestro régimen constitucional; tan peligroso es, que en el Senado cuando el Honorable Senador señor Angel Faivovich, del Partido Radical, fundamentó su voto favorable a este proyecto, invocó un precedente ocurrido en 1936. Y esta mañana, con mayor audacia aún, el Honorable señor Schaulsohn invoca la aprobación, no sé si por parte de la Honorable Cámara de Diputados o del Honorable Senado, de un proyecto de ley que aún no ha sido despachado por el Congreso Nacional. Sin embargo, el Honorable Diputado lo invocaba como precedente para justificar la prórroga de la duración del mandato de los actuales Regidores...

El señor SANTANDREU.— Ese proyecto fue aprobado por la Honorable Cámara, Honorable colega.

El señor FUENTEALBA.— Pero no por el Congreso...

El señor SANTANDREU.— Hubo pronunciamiento de esta rama legislativa.

El señor FUENTEALBA.— pero no ha habido ley.

El señor DE LA PRESA (Vicepresidente).—

Ruego a los Honorables Diputados se sirvan evitar los diálogos.

El señor FUENTEALBA.— El caso es que ese antecedente, que no constituye ley, se ha invocado como precedente para justificar la modificación del plazo de duración del mandato de un representante popular como es el de Regidor.

¿Quién nos dice que el día de mañana no se invocará la ley que ahora despachará el Congreso para justificar una modificación del plazo de duración del mandato del Presidente de la República, de los Senadores o de los Diputados? Ninguno de nosotros puede garantizar que mañana este proyecto no será invocado como un precedente. Pues bien, esto lo considero peligroso para la estabilidad constitucional de nuestro país.

No faltan audaces que se apoderan del Poder de vez en cuando y que sin escrúpulos se valen de estos precedentes funestos para hacer de las suyas en el Gobierno.

Por este motivo, consecuente también con este sentir y con el temor de que esto pudiera suceder en el futuro, me permití presentar una indicación en el seno de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, conjuntamente con mi Honorable colega señor Jaime Concha, destinada a establecer claramente en la Constitución Política, agregando una frase al artículo 110, que, si bien toda reforma constitucional rige “in actum”, las disposiciones que signifiquen modificar los plazos de duración de los cargos de Presidente de la República, Senador o Diputado, regirán después de las elecciones generales siguientes a la vigencia de la reforma aprobada.

Así se evitaría, precisamente, que fuésemos nosotros mismos los que mañana pudiésemos prorrogar nuestros propios mandatos o el del Presidente de la República.

Desgraciadamente, el señor Presidente de la Honorable Cámara, con muy mal criterio, a mi juicio, declaró improcedente esta indicación. Pero esto no es óbice, para que nosotros no dejemos constancia, en esta Sala, a raíz de este debate, de nuestro temor en este sentido.

Estas son las ideas que queríamos exponer en torno de este proyecto, el que lo votaremos en contra, en general. De ser aprobado, sólo votaremos, favorablemente, la disposición que amplía el mandato de los Regidores a cuatro años, y rechazaremos todo el resto del proyecto en debate, porque consideramos que es atentatorio al interés nacional, inconstitucional y, además, peligroso, ya que sienta un precedente que puede tener graves consecuencias en el futuro.

Nada más, señor Presidente.

* * *

El señor FUENTEALBA. — Señor Presidente, hemos escuchado con mucho interés este debate, y ya en el seno de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia tuvimos oportunidad de adelantar algunas de nuestras opiniones sobre la materia en discusión.

Debemos comenzar por declarar que nosotros, los Diputados del Partido Demócrata Cristiano, estamos de acuerdo con una de las ideas fundamentales de este proyecto de reforma constitucional, cual es la de prorrogar el plazo de duración del mandato de los Regidores de tres a cuatro años. Sobre este aspecto, creo que existe un concepto unánime dentro de la Honorable Cámara; pero, a través del debate que aquí se ha originado y del examen del proyecto mismo, nosotros hemos percibido, y nos atrevemos a afirmar que así es, que el objetivo primordial de esta iniciativa, no es tanto el de prorrogar el mandato de los ediles de tres a cuatro años, sino lisa y llanamente suprimir las elecciones generales de Regidores del próximo año 1959.

Y con respecto a esta segunda parte, que se refiere a la suspensión de las elecciones de 1959, nosotros debemos manifestar que no la apoyaremos por las razones que expondré.

Señor Presidente, este asunto tiene dos ribetes distintos: uno es el aspecto propiamente de Derecho o jurídico que consiste en el análisis más o menos detenido que aquí mis-

mo se ha hecho sobre si tenemos o no tenemos facultad para acordar esta prórroga, en circunstancias de que actualmente están en ejercicio los Regidores elegidos solamente por tres años. No quiero referirme a esta materia; ella será tratada más extensamente por mi Honorable colega señor Jaime Concha.

Quiero referirme a otros aspectos del problema. El señor Ministro del Interior manifestó en la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia —y lo reiteró en esta Sala— que las razones que asistían al Gobierno para patrocinar esta iniciativa eran, principalmente, tres: en primer lugar, obtener la alternación entre las elecciones generales de Regidores y las de parlamentarios; en segundo término, suprimir las elecciones de 1959, con el objeto de estudiar determinadas reformas electorales que se consideran de suma importancia e indispensables de hacer antes de una elección general.

En tercer lugar, agregó el señor Ministro que había la razón del cansancio o fatiga de la opinión pública, que estaba hastiada con las numerosas elecciones que se habían desarrollado. En la Sala el señor Ministro agregó una nueva razón y manifestó que el Gobierno había patrocinado esta iniciativa por deferencia a algunos partidos políticos que así se lo habían solicitado.

Pues bien, estas tres razones que se han dado para suprimir las elecciones de 1959 tienen, a nuestro juicio, un valor muy escaso, que no justifica en manera alguna que se haga una reforma constitucional con este solo objetivo.

Como lo ha puesto de manifiesto el Honorable señor Correa Letelier en su discurso y como también tuvimos oportunidad de hacerlo presente en la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, la alteración de las elecciones se obtendría de inmediato, lisa y llanamente, prorrogando la duración del mandato de los regidores de tres a cuatro años a contar de 1959. Así tendríamos elecciones generales de regidores en 1959 y, posteriormente, en 1963; y elecciones de parlamentarios en 1961 y, con posterioridad, en 1965. De manera que no se diga, pues, que se quieren suprimir las elecciones del próximo año porque se busca la alternación en las elecciones, ya que, precisamente, para buscar esa alternación y

obtenerla inmediatamente habría sido necesario mantenerlas.

No es efectivo tampoco que las reformas electorales que se desean hacer o se están estudiando, requieran necesariamente la postergación de las elecciones de 1959. Esas reformas, contenidas en un proyecto presentado a la consideración del Congreso por el Honorable señor Schaulsohn y otros Diputados, entre ellos el que habla, no son de tal magnitud que sea menester suprimir las elecciones de 1959. Son secundarias y podrían haber sido estudiadas juntamente con esta reforma constitucional sobre prórroga de la duración del mandato de los regidores. Ellas no son de tanta importancia que signifiquen cambiar el sistema adoptado en la última reforma electoral.

Por eso pregunté denantes al señor Ministro del Interior si cuando él se refería a esta materia estaba insinuando que el Gobierno estaría dispuesto, incluso, a cambiar el sistema de la cédula única. El señor Ministro del Interior, en representación oficial del Ejecutivo, manifestó categóricamente que no era la intención del Gobierno suprimir la cédula única. Pues bien, si no es así, las demás reformas son circunstanciales y las podríamos haber hecho conjuntamente con la reforma constitucional que estamos discutiendo.

La tercera razón que se nos ha dado para justificar esta medida se refiere al cansancio o fatiga electoral. Pero tampoco ella es suficiente para justificar la supresión de las elecciones del año 1959. Sobre este particular, hice presente al señor Ministro del Interior, en la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia que, con el hecho de suprimirse las elecciones de 1959, postergándolas para 1960 y elegir después Regidores por un plazo de tres años solamente, a fin de elegirlos, en el período subsiguiente, por cuatro años, el sistema de multiplicación de las elecciones se iba a mantener. De manera que, en realidad, no se iba a suprimir la fatiga electoral, como se pretendía hacer. Pues bien, el señor Ministro me contestó que se refería al cansancio o a la fatiga electoral que existía en este momento, en la actualidad. Yo le contesté, y lo repito aquí, que no considero causal sería para basar en ella una reforma constitucional, el hecho que exista en el país una

fatiga electoral momentánea. Ese no es un motivo suficiente, serio y grave para que, lisa y llanamente, procedamos a suprimir una elección general y ordinaria que debía realizarse el año próximo. O sea, queda al desnudo que el objeto de este proyecto no es, principalmente, prorrogar el período de duración del mandato de los Regidores, de tres a cuatro años: lo que se persigue realmente es suprimir las elecciones de 1959.

Hemos escuchado, hace algunos instantes, las expresiones del Honorable señor Correa Letelier, quien nos ha demostrado, a través de sus argumentaciones, que este proyecto adolece de defectos sustanciales, como el de no haber abordado asuntos de interés en estos instantes. Pues bien, si ellos no se han abordado, es porque el objetivo que se ha perseguido no es hacer una reforma constitucional seria, sino simplemente suprimir las elecciones de 1959.

Pues bien, señor Presidente, frente a este hecho, nosotros nos pronunciamos contra la supresión de las elecciones del próximo año. Puede haber fatiga o cansancio, como se dice; pero, además de no ser éste un motivo para fundamentar una reforma constitucional, creemos que es inconveniente suprimir la elección del año venidero.

Tal como dije en el seno de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, y como expresaron y repitieron aquí varios Honorables colegas, estas elecciones de regidores tienen, también, un alcance político. De manera que me parece que, a pesar de que se ha realizado recientemente una elección presidencial, es necesario que el país sepa cuál es la composición ideológica de su electorado, mediante la realización de la próxima elección de regidores, que se hará, precisamente, bajo un nuevo sistema electoral, en el que cada partido tendría que ir en su propia lista, sin que hubiera combinación de fuerzas políticas.

Es decir, señor Presidente, las elecciones de 1959 nos habrían permitido conocer, casi exactamente, la distribución del electorado, desde el punto de vista de los distintos partidos políticos que existen en nuestro país. Y considero este hecho tanto más importante cuanto que estoy absolutamente seguro de que las trescientos ochenta y tantas mil per-

sonas que votaron por el señor Alessandri para Presidente de la República no pertenecen, en su totalidad, a los partidos Liberal y Conservador.

¡Cómo no va a ser interesante, Honorable Cámara, que el Primer Mandatario sepa cuántas son, en realidad, las personas que están acordes con la manera de pensar de los partidos de Derecha!

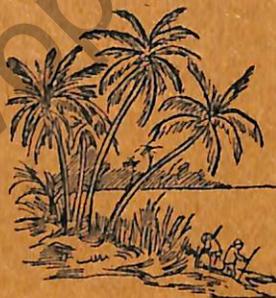
¡Cómo no va a ser interesante que un gobernante conozca la distribución de las distintas corrientes ideológicas en el país y cuáles son las fuerzas de los diversos partidos políticos nacionales!

Por eso es por lo que consideraba, personalmente, necesario que se hiciera la elección de 1959. No nos importa, en este caso, la fatiga electoral.

Los señores diputados que apoyan esta reforma quieren tranquilidad electoral, quieren que no haya elecciones, que no haya votación. Por mi parte, pienso lo contrario. Quiero que en mi país haya preocupación permanente por los problemas de orden ideológico y político.

Pertenezco a un partido que es revolucionario, que quiere hacer transformaciones sustanciales en lo económico y social. A mí, como militante de mi partido, me interesa que la opinión pública se pronuncie favorable o desfavorablemente frente a las ideas que sustentan. Por eso, consideraba necesaria la realización de elecciones en el próximo año.

Señor Presidente, acorde con este sentir y con la necesidad de prorrogar el mandato de regidores de tres a cuatro años, he presentado una indicación para suprimir el número 3.º del artículo único del proyecto en debate, esto es, para suprimir toda aquella parte que prorroga el mandato de los actuales regidores y que deja sin efecto las elecciones de 1959. De esta manera, sólo tendríamos que aprobar aquello que es sustancial en esta reforma: la ampliación del período de los señores regidores de tres a cuatro años, pues esto es lo único serio y verdadero del proyecto de reforma. Lo demás es accidental. Desgraciadamente, las cosas se han presentado de manera diversa...



LOS LIBROS (continuación de la pág. 29)

to. Por suerte, no se ve por ninguna parte esa imagen absurda que se ha hecho de los españoles de la conquista, aceptable si se quiere en escritores de otra mentalidad, que parece verlos siempre altisonantes y soberbios, como espantosos soldados de cartón piedra. Aquí, no; son humanos, con los mismos vicios y virtudes de sus descendientes, los chilenos.

Bien vale la pena, no sólo por estas razones, sino por otras muchas, alentar a Alejandro Magnet en la difícil tarea emprendida. Porque hacer libros para niños, aunque parezca mentira, es cosa muy seria; y usar la inexplorada historia patria para tal fin, mucho más serio todavía.

JAIME PERALTA PERALTA

HOY COMIENZA UN NUEVO AÑO

Con este motivo, la revista

POLITICA Y ESPIRITU

hace llegar a sus lectores
y colaboradores
muy sinceros votos de felicidad
y prosperidad
y el deseo de que en este

NUEVO AÑO DE 1959

se conviertan en realidad
los nobles anhelos
y las bellas esperanzas



CAMPAÑA DE NUEVAS SUSCRIPCIONES

Quincenalmente "POLÍTICA Y ESPIRITU" ofrece una visión de la política nacional e internacional y de las ideas y hechos de la Democracia Cristiana en Chile y en el mundo.

COLABORE UD.

- Dé a conocer la revista
- Suscríbase a ella
- Renueve su suscripción
- Haga que otros se suscriban
- Regale una suscripción a un amigo
- Indíquenos cómo podemos ampliar el radio de penetración de la revista
- Coloque 9 suscripciones y le obsequiaremos la décima

Precio de cada ejemplar de la revista: \$ 100.—

Suscripción por 24 números: \$ 2.200.—

Cualquiera información relativa a la

CAMPAÑA DE NUEVAS SUSCRIPCIONES

solicítela a

Ahumada 57 — Casilla 3126 — Teléfono 63121

SANTIAGO